

BURTON HARE

MORIR NO GUSTA A NADIE


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

MORIR NO GUSTA A NADIE

Colección LA HUELLA n.° 20
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 55840-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: marzo, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha tenía unos labios suaves y rojos, ardientes como el infierno, y les aseguro a ustedes que sabía lo que podía hacer con ellos.

Ella lo estaba haciendo y la víctima de la experiencia era este seguro servidor. Podrían decirse muchas cosas de la manera de besar de Velda, de cómo hacía que uno se sintiera dueño del mundo, flotando a alturas siderales, al mismo tiempo que en una curiosa simbiosis se sentía también descender hasta las profundidades insondables de los instintos más primarios del ser humano.

Lo que no podría decirse en ningún caso sería que le dejara a uno indiferente. Era toda una experiencia.

Sin embargo, ella era una de esas mujeres que agradecen profundamente la colaboración. En un momento dado se apartó media pulgada, jadeando, y susurró:

—Mike… ¿quién te enseñó a besar de ese modo?

—¿A mí? Nena, estoy aprendiendo ahora.

—Tus labios arden, ¿sabes?

—Bien, abrásate en ellos.

Se disponía a obedecer cuando sonó el teléfono.

Yo dije:

—¿Lo tenías programado para estropear el cuadro en este momento?

—Seguramente no es para mí…

—¿No vives sola?

—Sí, claro.

El maldito aparato continuaba sonando. No había manera de continuar el diálogo mudo con aquel escándalo.

La aparté a regañadientes y tanteé a un lado en busca del condenado teléfono.

Ella runruneó:

—Apuesto que es para esa golfa que comparte su línea conmigo.

—¿Golfa?

Un segundo antes de que pudiera levantar el auricular el timbre quedó mudo. No obstante, por inercia me llevé el aparato al oído en el momento que una voz bronca zumbaba a través de él.

La voz dijo:

—¿Qué has decidido, maldita zorra?

Como inicio de diálogo, la cosa no tenía desperdicio.

Una mujer cuya voz era un tanto chillona, replicó:

—¡Vete al infierno, cara de mono! Mi respuesta sigue siendo la misma: ¡No!

—En este caso es mejor que encargues un buen funeral para tu disfrute particular.

Enarqué las cejas y miré a Velda, perplejo. Ella estaba riéndose silenciosamente y se encogió de hombros.

La voz femenina del teléfono chilló:

—¡Sólo con que te acerques a mí, cara de mono, y ya sabes lo que pasará con lo que tanto te interesa!

—¡Idiota! No es a mí a quien le interesa, eso te consta. Escucha, por última vez…

Ella debió pensar que una última vez estaba de más y colgó de golpe.

Yo la imité y volviéndome comenté:

—¿Quién es esa dama, querida mía?

—Se llama Patty *no-sé-qué*. Algunas de sus conversaciones telefónicas levantan ampollas en la epidermis. ¿De qué estaba hablando ahora, de lo mullida que es su cama y de lo sola que se encuentra en ella?

—No dijo nada de eso. Yo diría que alguien la estaba amenazando…

—Olvídala, cariño. Antes estabas hablando conmigo.

—Llamarle hablar a eso también son ganas de sacarle motes a una cosa tan sencilla. Ven aquí, linda, y sigue dándome lecciones.

Se echó a reír. También se echó en mis brazos y la clase continuó con redoblado entusiasmo.

Hay ocasiones en que uno olvida hasta las letras de su nombre.

No sé si yo las olvidé, pero cuando recordé que el tiempo es algo más que una danza de minutos estábamos a oscuras y más allá de la ventana chispeaba el resplandor de los anuncios luminosos como una catarata multicolor.

—¡Cuernos! ¿Qué hora es, nena?

—¿Importa eso?

—Hasta ahora no, si no pasan de las ocho.

—Son exactamente las nueve y siete minutos.

Pegué tal brinco que quedé de pie ante ella. En la oscura penumbra se desperezó con movimientos felinos. Viéndola, uno imaginaba un gato satisfecho que acababa de comerse el canario.

—He de hablar con mi jefe —dije, sustrayéndome a su embrujo.

—¿Con tu jefe?

—Debía haberle llamado a las ocho… Es por ese asunto del nunca bien ponderado Rex Sisco…

—*¿El* gángster?

—Ex *gángster* —puntualicé—. Ahora es sólo un montón de materia pudriéndose en un lujoso panteón.

Tomé el auricular.

Una voz vibró en mi oído. La voz de una mujer, un tanto chillona:

—… No quiero correr ese riesgo yo sola, querido.

Alguien replicó:

—No pierdas la serenidad. Saben muy bien que no pueden hacer nada sin que se les caiga encima toda la ciudad.

—¡Pero es a mí a quien han amenazado! ¿No quieres comprenderlo?

—Mira, esas cosas no pueden solucionarse por teléfono. Ven a verme y entre los dos hallaremos una salida.

—Está bien, Hubert. Iré a verte esta noche al estudio.

En aquel instante, Velda runruneó:

—¿Otro diálogo interesante, corazón?

La voz del hombre se sobresaltó:

—¿Quién diablos está contigo, Patty? —rugió—. ¿Estás loca o qué infiernos…?

—Debe ser esa estúpida mosquita muerta que comparte mi línea…

—¿Quieres decir que alguien puede escuchar lo que hablamos?

Su voz parecía a punto de ahogarse a gran profundidad.

Yo dije, fastidiado:

—Si ustedes dejaran de decir tonterías, nadie les escucharía y yo podría llamar a mi jefe. ¿Está claro? ¡Cuelguen de una condenada vez!

La tal Patty emitió un gritito.

Su amado Hubert se limitó a hacer unos ruidos, como una foca asmática, y colgaron los dos.

Bueno, eso estaba mejor.

De modo que disqué el número de la redacción y esperé. Pedí hablar con Catlin y esperé otra vez.

Después, Catlin salió en la línea:

—¡Las nueve y cuarto! —rugió—. ¿No cobras lo bastante como para comprarte un reloj que no atrase?

—Estuve muy ocupado.

—Con otra maldita rubia.

—Pelirroja.

—¿Qué?

—Dije pelirroja. Es pelirroja, jefe. Tiene unas curvas en… éste… Bueno, ya sabe…

—¡Muérete! ¿Con quién crees que estás hablando?

—Bueno, bueno, tómelo con calma. ¿Qué hay del trabajito que quería usted que hiciera?

—¡Sigo queriéndolo!

—Está bien. Le veré por la mañana y…

—¿Por la mañana? —bramó—. ¡Esta noche, todo listo, ahora! Despide a esa pelirroja de todos los diablos y ven aquí.

—No puedo despedirla.

—¿Qué significa eso?

—Estoy en su casa, ¿sabe?

Sonó un sordo gruñido que hizo estremecer el auricular.

Luego, le siguió la voz:

—¡Tienes diez minutos para llegar!

Y colgó.

Yo hice lo mismo.

Velda dijo:

—¿Qué le pasa a tu jefe, no sabe apreciar las curvas de las

mujeres?

—La suya pesa casi cien kilos. A veces pienso que el hombre se siente acomplejado. Tengo que irme.

—¿Ahora?

—Exacto, ahora mismo.

—¡Pero si apenas ha empezado la noche!

—Se lo diré a Catlin. Quizá piense en eso y no en su mujer…

Me anudé la corbata ante el espejo. Veía a la muchacha reflejada en él y era una imagen como para olvidar a Catlin, el periódico, y hasta la catarata de titulares sobre el Watergate, que ya es decir.

Realmente, era una chica con curvas por todas partes. Arriba, abajo, en el centro. Una de esas mujeres que después de fabricarlas tiraron el molde.

—Te llamaré mañana —dije, poniéndome la chaqueta—. Hasta entonces no hagas nada que pueda disgustarme. Ya no podría vivir sin ti.

—¿Dónde oí eso antes?

—Sería en una película, porque contigo es la primera vez que empleo esa frase…

La besé y ella me sujetó por la nuca. Me hundí otra vez entre la niebla de sus besos, ahogándome con el fresco aroma que se desprendía de su cuerpo. Un poco más y Catlin hubiera podido despedirme con plena razón.

De modo que salí de estampida y cuando llegué a la redacción aún seguían ardiéndome los labios.

Claro que una vez allí lo que me ardieron fueron las orejas…

CAPÍTULO II

Catlin era el típico jefe de redacción que ha subido desde la base del poste, encaramándose a costa de dejar girones de su propia vida en el camino.

En su juventud había trotado las calles en busca del reportaje, se había estrellado más de una vez y se había roto el alma para levantarse de nuevo.

De todo ello le quedaba una cara eternamente amargada, con cierto parecido a un perro de presa, una falta de escrúpulos escalofriante y la voz ronca y sorda, semejante al bramido del trueno.

Aquella noche se desgañitó hasta quedar ronco. Luego, con la misma furia con que la tormenta había estallado, se calmó.

Entonces dije:

—Si ahora podemos hablar del trabajo, quizá me diga de una vez qué demonios quiere escribir respecto a Sisco que no sea ya del dominio público.

—Debería despedirte sólo por hacer esta pregunta idiota.

—Olvide la pregunta si quiere, pero deme una respuesta.

Suspiró, seguramente asombrándose de que alguien con tan poco seso pudiera estar metido en el periodismo.

—¿Qué hacía Rex Sisco? —me espetó—. ¿Cuáles eran sus negocios?

—Eso lo saben hasta los habitantes de Marte. Juego, drogas, prostitución, soborno… Todo lo que apesta y da dinero interesaba al gran bastardo.

—Ajá. Muerto él, ¿qué va a ser de sus negocios?

—Ya veo.

—Mete la nariz en ese estercolero y no la retires hasta que

puedas componer una serie capaz de sacudir la ciudad hasta sus cimientos.

Le miré un tanto intrigado. La cosa no me gustaba.

—Tengo al corriente las cuotas de mi seguro de vida, jefe, pero eso no me tranquiliza. Usted sabe que el mundo de Sisco anda muy revuelto estos días.

—¿Quieres decir que tienes miedo?

—Ni más ni menos.

Soltó un bufido y gruñó:

—Encargaré a otro este trabajo. A Benet, por ejemplo. Es un tipo que está pidiendo oportunidades a gritos.

—¿Benet? —Casi me ahogué—. No habla en serio, Catlin… Ese pisaverde no ha escrito en su vida una sola línea con sentido común. Lo suyo son los chismes de sociedad.

—Para ese trabajito se necesita un chismoso. O eso, o alguien que no tenga miedo.

Lo pensé un poco. Estaba casi seguro que por muy chiflado que Catlin estuviera, nunca encargaría a un tipo como Benet semejante «serie».

De todos modos, dije:

—Está bien, trataré de hacerlo. Pero si las cosas van mal espero que el periódico organice un buen funeral en mi honor.

Hizo una mueca que no le comprometía a nada.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, muévete.

Asentí y me largué con el mismo entusiasmo con que un condenado a muerte se encaminaría a la cámara de gas.

* * *

Bower estaba acodado en la barra y miraba tristemente su vaso vacío.

Bower era un individuo que rozaba los dos metros, y sobre sus huesos no debía haber más carne que la necesaria para que la gente supiera que todavía no era un esqueleto. Cuando se movía, uno tenía la impresión de que era un esqueleto el que caminaba.

Cuando me instalé a su lado me miró de reojo.

Yo dije:

—Hola, Bower. Tienes el vaso vacío.

—¡Qué gran cosa es la inteligencia! ¿Cómo te diste cuenta?

Hice una seña al mozo y pedí *whisky* doble para él y sencillo para mí.

Bower gruñó:

—¿A cambio de qué, Mike?

—Estoy escribiendo una serie sobre la vida amorosa de los gusanos, ¿sabes? Cada gusano tiene su pareja. Nunca se vio lo contrario.

Se quitó el vaso de los labios y me miró, alarmado.

—¿De veras te encuentras bien, Mike?

—Mi reductor de cabezas particular asegura que sí.

—Entonces, ese psiquiatra debe de estar loco… ¿Qué demonios es ese cuento de los gusanos?

—La vida amorosa de los gusanos, Bower, no confundas las cosas. De momento, centro mi atención en un gusano llamado Rex Sisco.

Suspiró.

—Lo enterraron hace tres semanas —dijo en voz baja.

—Nada más cierto. Pero como todo buen gusanito, él también debía tener su propia vida amorosa, aunque no le gustara hacer alardes de sus posesiones.

—En cristiano, si no me equivoco, lo que te interesa es saber si Sisco tenía una amante.

—Ajá.

—Muchacho, a veces me pregunto por qué clase de milagro aún estás vivo. Sales de un embrollo y te metes en otro peor.

—Daría el sueldo de un mes para que te oyera mi jefe. Y volviendo al tema de los gusanos y sus parejas…

—¿Por qué has venido a preguntármelo a mí?

—Porque si hay alguien en toda la ciudad que no ignore nada de lo que atañe a la vida social del crimen eres tú. Además, porque te aprecio, lo creas o no, y estoy dispuesto a hacerte ganar diez pavos sólo por el nombre de la gusanita.

Tuvo que pensarlo detenidamente. Después empleó medio minuto asegurándose de que nadie podía oírnos y otro medio en decirme lo que opinaba de los malditos reporteros que se embolsaban suculentas nóminas y sólo daban migajas a quienes les facilitaban el trabajo.

Cuando acabó parecía exhausto.

—Eso vale otro trago —dije, llamando al mozo—. No me explico que con semejantes esfuerzos intelectuales aún estés vivo.

—¿Dijiste diez machacantes?

—Ni uno más.

El mozo trajo las bebidas. El se sumergió en la suya y en un segundo hubo dejado el vaso limpio.

Hizo otra demostración de un tipo precavido, atisbando en todas direcciones.

Y finalmente gruñó:

—Patty Hooker. Pero te advierto que no es una de tantas.

—Eso la hace más interesante. ¿Dónde puedo encontrarla?

—No lo sé. Debe tener un apartamento en alguna parte.

—Háblame de ella.

—Se me ocurre que por diez pavos pides demasiado. Esa chica ocupaba la cabecera de cartel en el espectáculo del Palladium. Allí fue donde Sisco la conoció. El resto de la historia es vulgar y corriente.

—¿Bailarina o cantante?

—Bailarina, para llamar de algún modo lo que hacía. Ella recreó el *strip-tease* convirtiéndolo en la octava maravilla del mundo.

—No me digas… De modo que Sisco decidió que diera exhibiciones sólo para él.

—Ni más ni menos. Y ahora, deja que vea el color de tu dinero, viejo.

Le di sus diez dólares, apuré mi bebida y me largué sumamente intrigado por la personalidad de la ex bailarina de *strip-tease*.

Capítulo III

Localicé el nombre en la guía telefónica. Fue así de fácil.

Y también fue así como descubrí algo más.

Algo que me inquietó de manera extraordinaria, porque su número de teléfono era exactamente el mismo que el de Velda.

De modo que esa Patty Hooker era la dama que yo había escuchado en sus edificantes conversaciones, esa misma tarde.

Cuando salí del bar donde había consultado la guía, no estaba muy seguro de cuáles debían ser mis primeros pasos. Yo mismo había escuchado cómo alguien amenazaba a Patty. Una amenaza de las que no pueden echarse en saco roto, ahora que sabía quién era ella.

También había oído sus inquietudes en su inquieta charla con cierto «amado» Hubert, lo cual demostraba que la dama en cuestión tomaba la amenaza muy en serio.

Las luces de los escaparates se habían apagado hacía tiempo, y las calles aparecían casi desiertas. Anduve pensativo hacia donde había dejado el coche y una vez sentado ante el volante aún titubeé. No era una hora muy adecuada para realizar visitas de sociedad, sin embargo, imaginé que las mujeres como Patty Hooker tampoco mantendrían unas rígidas reglas sociales.

En consecuencia, aparté el coche de la acera y conduje hacia las señas que había anotado.

Era un edificio de apartamentos, flamante, todo acero y cristal, con marquesina en la acera y una puerta de grueso cristal que imaginé cerrada.

Ahí me llevé la primera sorpresa, porque estaba abierta. Durante el día debía montar guardia un conserje uniformado, pero a esas horas de la noche no había nadie en todo el espacioso vestíbulo.

Pasé revista a los tarjetones colocados en la batería de buzones plateados. El apartamento de la dama era el
58-A,
en la decimosegunda planta.

Entré en uno de los elevadores.

Esos trastos también eran una cosa muy especial. Debían haber sido proyectados por los ingenieros de Cabo Cañaveral y funcionaban como cohetes, de manera que cuando llegué arriba tenía el estómago en los talones y la cabeza me zumbaba.

Salí a un rellano alfombrado y llamé a la puerta que buscaba.

Pude oír un ruido brusco en el interior. Volví a llamar y la puerta se abrió de golpe.

Me encontré ante alguien que sin ninguna duda no era Patty.

El individuo pesaría el doble que yo, era tan alto y sólido como una montaña y además sostenía una pistola automática en la mano.

—Pase, hermano —gruñó—. No se quede ahí.

—Por mí puedo volver cualquier otro día.

Hice ademán de retroceder, pero la pistola soltó un chasquido muy desagradable. El fulano acababa de correr el seguro.

Bueno, yo no deseaba encajar un plomo del «45», así que avancé y el tipo me empujó con su cañón y cerró la puerta con el pie.

Otro caballero de catadura semejante esperaba dentro.

—¿Quién demonios es ese tipo? —rezongó.

—Ya lo oyó —dijo el que me hurgaba la espalda con la pistola —. Díganos quién es usted.

—Me llamo Decker…, quería ver a Patty, eso es todo.

—¿Para qué?

No tuve que pensarlo mucho.

—¿Para qué puede un tipo buscar a una chica como ella? Me citó para esta noche, es así de sencillo.

—Le citó, ¿eh?

—Eso dije.

—Pues olvidó la cita, hermano. Ella no está aquí. Salió.

—Quizá la ayudaron ustedes a salir…

Uno rió.

El otro no.

El serio estaba delante de mí y gruñó:

—Regístrale.

El otro tanteó mi cuerpo de arriba abajo. Era un experto.

—No lleva armas —dijo, evidentemente desconcertado.

—Bueno, ahora déjenos ver sus papeles, míster.

Los examinaron y vi la preocupación pintada en sus caras cuando dieron con mi carnet profesional.

—¡Un maldito reportero! —estalló el serio—. Y dice que sólo vino aquí a divertirse un poco con la chica.

—¿Qué diablos les pasa? Un reportero tiene las mismas debilidades que otro tipo cualquiera.

—Sólo que además es un chismoso que escribe en los papeles.

—Bueno, sí. Un trabajo como otro, también.

—¿Qué escribirá respecto a nosotros?

—No es una noticia interesante. Tal vez diga que sufrí un mal encuentro con dos desconocidos, eso será todo.

—Ya veo… Llévalo dentro. Voy a hablar por teléfono.

—Andando, hermano.

Entramos en un dormitorio y él cerró la puerta.

El dormitorio era un caos. Habían despanzurrado los muebles, astillándolos. El colchón de muelles estaba abierto en canal y hasta la lámpara del techo estaba rota y desmontada. Una solitaria bombilla brillaba como un ojo solitario en su lugar.

—¿Qué demonios buscan ustedes, petróleo? —dije, sentándome en una silla que enderecé.

—Cierre el pico.

La automática del «45» casi desaparecía dentro de su manaza, pero no dejaba de apuntarme ni medio segundo.

Transcurrieron varios minutos en silencio. A través de la puerta cerrada oía la voz del otro, apagada, pero sin que pudiera comprender una sola palabra.

Finalmente, la puerta se abrió. El serio estaba más ceñudo que de costumbre.

El que me vigilaba indagó:

—Bueno, ¿qué pasa, lo llevamos a tomar el aire?

—No.

—¿Cómo que no?

Ambos parecían extraordinariamente tristes.

—Dice que sería levantar demasiada polvareda con la Prensa —explicó el serio—. Lo dejaremos aquí, amarrado, cuando nos

vayamos. Sólo tenemos que hacerle una advertencia —añadió, dirigiéndose a mí—. Olvídese de nosotros. Olvídese de esta noche o su mujer va a quedarse viuda muy pronto. Eso es todo lo que tenemos que decirle.

No sé cómo se las arreglaron, pero en poco tiempo estuve convertido en un fardo, atado, empaquetado y amordazado. Me dejaron tirado en un rincón y ellos prosiguieron con su trabajo como si yo no existiera.

Y fue un buen trabajo.

Hicieron polvo hasta los estantes, y no levantaron los entrepaños porque eso tal vez hubiera armado demasiado alboroto.

Cuando no les quedó nada más por pulverizar, ambos parecían indignados, muy indignados a causa de su fracaso.

Apagaron todas las luces y se fueron sin dedicarme ni una mirada de despedida.

Sumido en la oscuridad, sin mover ni las pestañas, dejé pasar el tiempo porque no tenía nada mejor que hacer. Hubiera dado cualquier cosa por un cigarrillo, pero toda mi distracción consistió en contemplar la ventana, a través de la cual podía ver el anuncio de un sastre parpadear a intervalos regulares. Acabé mareado.

Una eternidad más tarde oí girar una llave en la cerradura.

La puerta se abrió, y desde donde estaba pude ver, recortándose contra la luz del rellano, unas piernas soberbias que una ridícula falda mostraba hasta el muslo.

Sin duda, aquella dama sabía que tenía unas extremidades de primera categoría y deseaba que el resto del mundo se percatara de ello.

Cuando la propietaria de las piernas encendió la luz sonó un chillido. En los primeros instantes no pude verla porque la claridad me cegó, después de las horas pasadas en completa oscuridad.

Después sí. Después la vi, y les aseguro que era una mujer como para mirarla durante un año antes de terminar el escrutinio anatómico.

Ella estaba mirándome a su vez, pero en sus ojos no había la admiración que sin duda debía sorprender en los míos.

Estaba aterrorizada, seguro.

No sabía si retroceder o cerrar la puerta. Su mirada vagaba de un lado a otro, captando el vandálico espectáculo de destrucción, o

fijándose en mi empaquetada figura.

De pronto hundió la mano dentro de su bolso y sacó una pistola de pequeño calibre, brillante como un objeto de adorno. Entonces cerró la puerta y la vi cruzar la estancia y adentrarse en el apartamento, seguramente para asegurarse de que no había nadie oculto allí.

Al fin regresó y se mantuvo de pie ante mí, alta, majestuosa sobre aquel prodigio de piernas que ahora tenía al alcance de la mano.

Bueno, si hubiese podido valerme de las manos, por supuesto.

—¿Quién es usted? —estalló de pronto—. ¿Qué ha pasado aquí?

Hice algunos ruidos a través de la mordaza. Ella se agachó. Aquella maldita minifalda que llevaba hizo diabluras para que no me quedara ninguna duda de cómo era su escasa ropa interior.

Con el cañón de su pistolita empujó la mordaza hacia abajo. Por poco no empujó también la mitad de mi cara.

—¡Quite ese trasto de mi vista, cuernos! —bufé, sacudiendo la cabeza.

—¡Responda! ¿Quién es usted?

—Decker. Periodista. Y no estoy en estas condiciones por mi gusto. Tengo sentido del humor, pero no hasta ese extremo.

—¿Qué pasó?

—Pues es una historia breve, querida. Vine para realizar una entrevista con usted. Sólo encontré dos gorilas que estaban pasando este apartamento por un prensapurés. No les gustó mi cara, de modo que me ataron y amordazaron y hasta ahora.

—¿Sabe quiénes eran?

—Lo único que sé es que estoy muy incómodo. ¿Qué tal si me quita usted esas cuerdas, preciosa?

Se irguió. Yo miré hacia arriba y a ella no pareció importarle poco ni mucho.

—Puede estar mintiendo —murmuró.

—¡Qué lista es usted! Yo mismo me até como un fardo y después me amordacé, sólo para darle una sorpresa.

—Puede haberse quedado para sonsacarme…

—¿Por qué no comprueba antes mi personalidad, Patty, querida? Eso ahorraría trámites, ¿sí?

Lo pensó un poco. Después, tanteó mis bolsillos. Otra vez estaba

inclinada sobre mí. Imaginé el espectáculo del que era estrella y casi me mareé.

Finalmente se dio por satisfecha y fue en busca de un cuchillo de cocina. Le costó encontrarlo en aquel revoltijo, pero cuando me hubo librado se relajó en parte y dijo:

—Lo siento…

—¿Qué es lo que siente, haberme soltado?

—No…, lo otro, haber dudado de usted.

—Olvídelo. ¿Qué me dice de esos bribones que le han convertido el apartamento en un estercolero?

—No sé qué buscaban…

—Lo sabe, claro —dije, frotándome los brazos entumecidos para restablecer la circulación de la sangre—. Pero no espero que me lo diga a las primeras de cambio. ¿Tampoco tiene idea de quiénes eran? Los dos eran gorilas profesionales, corpulentos, uno risueño y otro triste, con caras de perro.

Sacudió la cabeza.

—No quiero saberlo —murmuró—. Voy a recoger un par de cosas y me largaré.

—Antes recuerde que yo vine para hacerle una entrevista…

—No tengo nada que decir a los periódicos.

—Deje que le haga unas preguntas y verá cómo recuerda cosas.

—No. Salga de aquí. Olvídeme, ¿quiere?

—No puedo. Mi jefe me arrancaría la piel si lo hiciera.

Me miró fijo. Se había serenado. Esa dama tenía temple, además de curvas descaradas.

—Y a mí me arrancarían la cabeza —me espetó—. No tengo donde elegir.

—Usted necesita ayuda, Patty. La necesita desesperadamente, porque esos fulanos volverán y lo que han hecho con el apartamento lo harán con usted. Quieren algo y apuesto que no renunciarán a obtenerlo.

—¿Va a ofrecerme su ayuda, Decker?

—Ajá, ya es buena señal que recuerde mi nombre.

Bueno, no soy un héroe, si es eso lo que quiere decir. Pero mi periódico puede protegerla, contratar gente que la escolten en todo momento.

—No, gracias.

—¡Piénselo! Conozco a los tipos como los que estaban aquí. Son carniceros profesionales. Sólo me dejaron vivo porque no quisieron provocar a la Prensa, pero con usted será distinto.

No replicó. Dio media vuelta y se adentró en el destrozado dormitorio, donde comenzó a amontonar prendas de ropa. Las había que eran verdaderas filigranas de encajes, mezcladas con costosos abrigos de pieles.

—Deseo que hablemos de Rex Sisco, Patty —insistí—. El no podía manejar sólo sus negocios…

—Váyase, por favor.

No parecía prestarme atención siquiera. Se fue en busca de las maletas, pero las encontró convertidas en unos zorros. Maldijo en voz baja, y les aseguro que en esos momentos su lenguaje no tenía nada que envidiar al de un sargento de infantería.

Yo comenté:

—Lo que andan buscando debe ser algo muy pequeño, Patty.

—¿Cómo lo sabe?

—Han destrozado incluso las asas de las maletas. ¿De qué se trata, una colección de diamantes entrados sin pasar por la aduana?

Se plantó ante mí y sus ojos echaron chispas. Y les aseguro que eran unos ojos capaces de fundir un iceberg.

—¿Quiere largarse de una maldita vez y dejarme en paz? —estalló.

—No.

—Mire, no diré una sola palabra para su periódico ni para ningún otro. No tengo nada que decir, ni quiero. Además, hablar en estos tiempos es peligroso. Y ahora, apártese de mi camino.

—Oiga, Patty…

Me apartó de un empellón y salió del dormitorio. Cuando volvió traía un pequeño bulto con toallas de baño.

Empezó a liar los abrigos de pieles, algunos vestidos y otras chucherías. No resultaba un equipaje muy ortodoxo, pero tal como lo habían dejado todo era lo mejor que ella podía conseguir.

Cuando hubo terminado me miró. Fue como si me viera por primera vez.

—Estoy asustada —dijo con voz sorda—. Muy asustada, ¿sabe? Yo conozco también a esta clase de matarifes… y sé de lo que son capaces. Por eso quiero marcharme, desaparecer. Si hablase con los

periodistas pronto darían conmigo y… Bueno, no quiero ni pensarlo.

—Dígame sólo qué andan buscando.

Se echó a reír. Una risa nerviosa, casi histérica.

—¡No pide usted nada! —exclamó, estremeciéndose—. En cierto modo, es mi seguro de vida.

Tomó uno de los fardos y se dirigió al ascensor.

Esperé.

La contemplé cómo realizaba el resto de viajes hasta que hubo trasladado todo lo que se llevaba.

Entonces le espeté:

—Patty, quizá sea ésta la última vez que la veo. Me gusta usted, no sólo porque es un monumento de extraordinaria belleza, sino porque está en un apuro y necesita quien la ayude… Sisco murió muy oportunamente dejándola en la estacada por lo que puedo imaginar. Yo no la dejaría si confiaba en mí.

—Voy a darle un consejo… Olvídese de Rex Sisco, de su muerte, de mí y de todo este maldito asunto. Es la única manera de vivir muchos años. Y ahora, adiós.

—¿Va a abandonar todo lo que queda aquí?

—Todo esto no vale un solo minuto de zozobra.

Se metió en el elevador, cerró las puertas y me dejó plantado en el rellano.

Bueno, no podía decir que mi intento hubiera sido un éxito.

Pensativo, volví a entrar en el apartamento y contemplé el destrozo. Ya no había nada que buscar allí, o ella no lo habría dejado abandonado.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que oí de nuevo el elevador detenerse en el rellano.

Primero tuve un sobresalto, porque se me ocurrió que los gorilas habían decidido volver.

Después, el sobresalto fue una sorpresa de campeonato.

Patty Hooker salió del aparato pálida como un sudario, temblando, y se quedó mirándome con ojos chispeantes.

—Están abajo —jadeó.

—¿Los gorilas?

—Sí…, los he visto… están en un coche…, al otro lado de la calle.

—¿Y qué espera que haga yo, que la emprenda a golpes con ellos? Teniendo en cuenta lo poco que he conseguido de usted, eso es esperar demasiado.

—¡Tiene que ayudarme!

—Dígame cómo.

—¿No lleva armas?

—Nena, trabajo con una máquina de escribir, no con una ametralladora.

—Yo tengo la pistola…, puede…

—¡Pare el carro! Si son los dos que había aquí antes, llevan unas pistolas capaces de agujerear un tanque. ¿Qué cree que podría hacer con ese juguete?

Ella había sacado la pistolita del bolso y ahora parecía no saber qué hacer con ella. Lo más seguro era que se le disparase y quien estaba delante era yo.

De modo que se la quité de la mano y la guardé en un bolsillo.

—Voy a decirle lo que haremos —decidí—. Yo tengo el coche delante de la puerta. Vamos a salir uno tras otro. Yo primero, para ponerlo en marcha.

—¿Y luego?

—Dejaré la portezuela abierta. Cuando encienda las luces usted saldrá corriendo, entrará en el coche y saldremos de estampida. Confío en que si nos dirigimos al centro no se atreverán a armar una batalla en plena calle. Deben haber policías en alguna parte, ¿sabe?

—Pero ¿y mis ropas?

—Querida, decida rápido qué prefiere usted, o sus ropas o su pellejo. Y déjeme decirle que es un pellejo tan hermoso como un sueño de adolescente…

—Iré con usted. Al infierno los trapos.

Sonrió.

Ya dije antes que esa dama tenía otras muchas cualidades además de curvas.

De modo que lo hicimos tal como lo había planeado.

Entré en mi coche, observando de refilón al sedán detenido al otro lado de la calle. Pude ver las siluetas de dos fulanos en el asiento delantero. Los dos estaban muy quietos.

El motor de mi auto runruneó. Abrí la portezuela del lado de la

acera y encendí las luces. La muchacha salió como una bala y se lanzó casi de cabeza dentro del coche. No creo que estuviera dentro aún cuando solté el embrague y salí en segunda y con el gas a fondo.

Los neumáticos chillaron endiabladamente, pero el coche ganó una gran delantera al otro, puesto que cuando empezó a moverse yo ya doblaba la esquina.

Volamos materialmente por la amplia avenida. El cuentamillas osciló cerca de las cien y no quise imaginar lo que pasaría si en un cruce nos tropezábamos con otro auto.

Detrás nuestro, el sedán rugía en un esfuerzo por mantenemos controlados.

Ella balbuceó:

—¡Nos vamos a matar, Decker!

—Mire hacia atrás.

—Ya sé que están ahí…

—Entonces cruce los dedos y rece.

—Ya no me acuerdo.

—¿Qué?

—De rezar. No lo he vuelto a hacer desde que era una niña.

—Mala cosa…

Ella ladeó la cabeza y dio un respingo.

—¡Ahí vienen, Decker!

—¿Qué?

—¡Se acercan!

—¡Maldita sea su perra vida! —Miré por el retrovisor. Era cierto, estaban ganando terreno—. ¡Agárrese, nena!

Doblé una esquina sobre dos ruedas. Un guardia salió trotando hasta la calzada, soplando el pito.

No lo aplastaron de milagro. El sedán le pasó tan cerca que con toda seguridad se le llevó el pito de la boca.

O quizá se lo hizo tragar.

Volví a hundir el acelerador y torcí a la derecha en Market. Confusamente, vi los desesperados esfuerzos de los otros coches para apartarse de nuestro camino.

Patty balbuceó:

—¿Qué se propone?

—Tengo ideas geniales, cariño… Siga cruzando los dedos. Hasta

ahora vamos bien.

—¡Pero si los tenemos encima!

—Sólo un minuto…, un minuto más… ¡Maldita sea mi estampa! Un solo minuto…

Giré el volante a la derecha. Ahora, el sedán casi nos rozaba el portaequipajes.

Saqué la pistolita, apagué las luces y comencé a presionar el claxon.

Del portal que había bajo un globo azul salieron un puñado de policías, atraídos por el estrépito. Disparé dos tiros al pasar, haciendo saltar los cristales sobre sus cabezas.

Hubo una desbandada y ya no vi nada más, pero ahora estaba seguro que detrás nuestro se organizaría todo un festival.

La muchacha jadeó:

—¿Por qué hizo eso?

—Pronto lo verás, linda… Te dije que tengo grandes ideas…

—¡Cuidado, se nos echan encima!

Por el rabillo del ojo vi la mole negra del sedán, rugiendo por el esfuerzo, tratando de adelantarnos para cerrarnos el paso.

Hundí el freno. El coche clavó el morro y casi saltó en el aire. Como un rayo, el coche negro nos adelantó y yo aproveché para tratar de girar.

Lo conseguí unos segundos, pero era ya demasiado tarde, porque el otro había adivinado mis intenciones. Subiéndose a la acera, barrió una fila de cubos de basura, pero giró antes que yo pudiera hacerlo.

Patty lanzó un grito de desesperación.

Yo había perdido el sentido del humor.

Lejos, aullaban las sirenas de los coches de la policía.

Hundí el acelerador, encendí los faros de carretera y lancé el coche contra el sedán. El motor rugió, las ruedas chillaron y yo creo que grité como un piel roja en pie de guerra.

El conductor del sedán se aturulló, cegado por los faros que se le echaban encima. Hizo una maniobra para esquivar, pegó contra el bordillo y yo le golpeé de refilón. El estrépito a chatarra fue de los que no se olvidan.

Logré enderezar mi pobre cacharro y seguir adelante, pero ellos no tuvieron tanta suerte porque el golpe contra el bordillo les hizo

dar la vuelta y el coche acabó estrellándose contra las casas, en medio de un estruendo endiablado.

Doblé una esquina y aparqué en el lugar más oscuro de la calle.

Patty temblaba y sus enormes ojos estaban fijos en mi cara.

Lo que debía ver en ella no podía ser nada risueño a juzgar por su expresión.

—Escapamos —dije—. Ahora daremos un paseo.

—Decker, yo…

De repente se echó sobre mí y su boca barrenó la mía como un torniquete. Había fuego en ella, y lava ardiendo que le ahogaba a uno en una vorágine llameante.

¡Sentí que el mundo comenzaba a girar al revés! Creo que me elevé sobre el asiento de ella antes de que me soltara.

—Me ha salvado —susurró—. Me ha salvado…

—Y me lo agradeces dejándome envenenado… ¿Qué tienes en los labios, curare?

Abrí la portezuela y salté a la calle. Mis piernas no eran muy seguras todavía.

Ella se reunió conmigo en la acera. La miré de arriba abajo, y, hermano, había mucho que ver.

Pero no tanto como era necesario.

—Linda, ábrete un poco más ese escote. Y tira hacia arriba de esa imitación de falda que llevas.

—¿Por qué? No me gusta enseñarte nada en medio de la calle.

—No vas a enseñármelo a mí. Quiero que quien te eche la vista encima se olvide de mi presencia a tu lado… Abre el escote… Ajá, ya basta. Quiero que me olviden, no que te salten encima. ¿Es que no llevas nada más bajo esa blusita?

—La piel.

—Que me ahorquen… Vamos.

Echamos a andar pegados uno al otro. Le rodeé la cintura con mi brazo y apreté. Tenía un cuerpo duro y elástico al mismo tiempo. ¡Y qué cuerpo!

Vimos el alboroto mucho antes de llegar al lugar del encontronazo. Los faros giratorios de los coches de la policía centelleaban como grandes luciérnagas, y una multitud de hombres de uniforme se movían a sus anchas en medio del desbarajuste.

El sedán estaba hecho un acordeón y del motor salía una espesa

humareda, mientras dos guardias lanzaban los chorros de sus extintores sobre él.

Un poco más allá había dos bultos sobre la acera y algunos individuos de paisano los examinaban.

El primer guardia que intentó cerrarnos el paso hundió la mirada en el escote de Patty, desorbitó los ojos y se puso rojo.

Pasamos por su lado sin que hubiese recobrado el resuello.

El segundo casi se comió el silbato, pero éste conservó el espíritu suficiente para despegar la mirada del abismo que se abría entre los senos de la muchacha y dejarla resbalar hacia abajo, extraviándose en las curvas de sus muslos.

Pasamos también ese obstáculo y nos detuvimos al lado del coche convertido en chatarra.

El grupo de hombres de paisano estaban hablando en voz baja.

Reconocí al teniente Hopson, y a un sargento de nombre imposible.

Los dos polizontes que manejaban los extintores dejaron de luchar con el extinguido incendio, y a juzgar por cómo se pusieron de rojos los dos, imaginé que pronto necesitarían ellos los extintores. Ambos estaban sumergiéndose en la contemplación de Patty, y eso me permitió dar unos pasos más, los suficientes para ver a los dos bultos tendidos en la acera.

Allí fue donde me llevé el mayor desengaño de mi vida, porque yo había imaginado que los dos fulanos serían los mismos gorilas que tan mal me trataron en el apartamento de Patty.

No lo eran.

A esos dos no los había visto en mi vida.

CAPÍTULO IV

Fue tanta mi sorpresa, que me olvidé hasta de Patty.

—La recordé cuando escuché una risita detrás de mí y al volverme sorprendí a los dos policías asediándola descaradamente.

También los tipos de paisano se volvieron.

Hopson me descubrió entonces, lo mismo que su compañero de cuyo nombre nunca quería acordarme porque para escribirlo necesitaba consultar el «quién es quién».

—¿Cómo demonios ha llegado tan a tiempo, Decker? —exclamó Hopson.

—No llegué. Ya estaba aquí, teniente.

Se acercaron a mí. Los ojos del sargento se desentendieron de este servidor para juguetear por encima de la anatomía de Patty.

Ni siquiera le miró la cara. ¿Para qué perder el tiempo?

Hopson gruñó:

—¿Qué quiere decir con que ya estaba aquí?

—En la otra calle, con una chica. Oí el estrépito y vine. ¿Qué fue todo este alboroto, un ajuste de cuentas?

—No lo sabemos aún. De momento hay dos tipos ya muertos. Se hicieron polvo las cabezas al romper el parabrisas…

—¿Conocidos?

—Por mí, no. Habrá que identificarlos. No llevan nada encima, ni tabaco.

—Voy a dar un vistazo al coche, si no le importa.

—Me importa. Escuche, Decker, no puede tomar esto como una exclusiva. Los demás periodistas que cubren información en Jefatura me despellejarían…

—Olvídelo. Yo estaba aquí y ellos no. Quiero ver si hay agujeros de bala en el auto o cosas así.

—¿Por qué imagina que pueden haberlos? Hasta ahora, eso es sólo un accidente.

—Hopson, es usted un pésimo embustero. Yo vi pasar otro coche como un rayo. Eso era una persecución desde cualquier lado que lo mire.

Sonrió sin alegría.

—Muy bien… Oiga, esa dama, ¿es la que iba con usted?

—Espero que siga conmigo después, si sus polizontes no la desnudan a zarpazos.

Eché una mirada al coche. Yo sabía que no habrían agujeros, pero no era eso lo que yo buscaba, sino la patente.

Estaba a nombre de Joe Drago, y eso sí era como para preocuparse, porque Drago era considerado como uno de los delfines del difunto Rex Sisco.

Rescaté a Patty del círculo de mirones. Hopson estaba ahora a mi lado.

—Ya nos veremos, teniente —dije—. Pasaré por su oficina cuando sepa quiénes eran esos dos «torpedos». ¿Me permite, sargento…? Éste… nunca recuerdo su nombre.

—Shirreffs.

—Eso. No le importa devolverme a mi chica, supongo…

Se hizo a un lado, enlacé a la muchacha por la cintura y nos alejamos de allí a buen paso.

Ella susurró:

—¿Lo hice bien?

—Los volviste bizcos… A propósito, cierra ahora el escote. Yo también tengo la vista débil.

Doblamos la esquina. Allí se detuvo, me echó los brazos al cuello y me demostró por segunda vez que en su boca ardía el infierno.

Estaba sin aliento, cuando se apartó.

Detrás, a corta distancia, el teniente Hopson estaba mirándonos muy interesado.

Había querido comprobar que realmente aquélla, dama estaba conmigo mucho antes del suceso. Bueno, lo comprobó. Silenciosamente retrocedió, esfumándose.

—Vamos —dije—. Salgamos de esta vecindad.

Me acompañó hasta el coche, pero allí se detuvo.

—Te debo la vida, Mike —musitó—. Algún día te demostraré

cuánto te lo agradezco.

—¿De qué modo?

—Yo sólo conozco una manera de hacer esa demostración…

—Puedes darme las gracias hablando un poco, ¿sí?

Sacudió la cabeza.

—Ojalá pudiera… Pero no estoy segura de nada, ni de mí misma. Sin embargo, quizá te diga algo, mañana.

—¿Y cómo te encontraré mañana? Porque imagino que no regresarás al apartamento.

—Tengo otro escondite. Dover Road, nueve.

—¿Me esperarás allí?

Asintió con un gesto.

—Entonces sabré qué he de hacer. Si puedes ayudarme lo sabrás todo, querido. Pensé que podría manejar esto yo sola, pero empiezo a dudarlo. Necesito a alguien resuelto como tú.

Estuve tentado de mencionarle a su «querido» Hubert, pero lo dejé correr por temor a estropearlo todo.

—¿A qué hora? —pregunté solamente.

—Después de anochecer. Te esperaré, Mike. Adiós, hasta pronto.

Me atrapó en el torbellino llameante de su boca y se fue taconeando por la acera.

La dejé marchar sin más, entre otras razones porque después de sus asaltos pasionales me sentía como si flotara en el espacio.

Fui un idiota.

Ni más ni menos.

* * *

Encontré al teniente Hopson en su despacho a la mañana siguiente.

—Siéntese, Decker —gruñó—. Estuve pensando en usted.

—¿De veras?

Encendí un cigarrillo ante su mirada aguda.

—He leído los periódicos esta mañana… Algunos de sus colegas alcanzaron aún las últimas ediciones, informando del suceso. Usted no.

—Estuve muy ocupado.

—¿Con la dama del escote profundo y los muslos al aire?

—Ajá.

—Fue una buena casualidad que estuviera usted por aquellas inmediaciones, de todos modos.

—Y usted que lo diga. ¿Se sabe quiénes eran los dos muertos?

—No fue difícil averiguarlo, aunque no pertenecían al mundillo del hampa local. Tenían antecedentes en Denver, San Francisco y una docena más de ciudades. Sus nombres: Clayton Hill y Larry Fogg. Pistoleros. Independientes.

—¿Y el coche?

—Robado. Fue presentada una denuncia anoche mismo en tal sentido.

Había una nota curiosa en su voz.

Así que dije:

—También es casualidad que unos pistoleros le birlen el coche a un tipo como Joe Drago…

Sonrió.

—De modo que logró verlo…

—No estoy ciego todavía. ¿Quién demonios estaría lo bastante loco para robar el coche de Drago?

—Uno de sus coches —puntualizó—. De cualquier modo, fue muy oportuno al presentar la denuncia.

—Oiga, Hopson, Drago está considerado como uno de los herederos de Rex Sisco, y en el mundo del crimen hay mar de fondo. ¿Qué diablos está sucediendo, lo sabe usted?

—Quisiera saberlo, realmente. Dormiría más tranquilo.

—Dígame una cosa… ¿Hay alguna sospecha sobre el modo como murió Sisco?

—Muerte natural, Decker, no vaya a tener ideas raras. Un ataque fulminante de algo cerebral o cosa por el estilo.

—Es usted una lumbrera explicando enfermedades. Le realizaron la autopsia. ¿Cuál fue el diagnóstico?

—Embolia cerebral, para ser un poco más preciso.

—¿Seguro?

Hizo un gesto como si espantara una mosca.

—Olvídelo, Decker. Confieso que al principio yo también dudé. Los hombres como Rex Sisco no acostumbran a reventar de muerte natural, ya sabe… Bueno, los forenses fueron terminantes al respecto. No hay la más ligera duda.

—Están sucediendo cosas raras, teniente. Yo incluso había

pensado que algunas de ellas estaban encaminadas a borrar toda evidente huella de un posible crimen en el caso de Sisco.

—Si piensa eso no llegará muy lejos en su carrera, amigo. No hubo tal crimen. En absoluto.

—Entonces, Hopson, no entiendo nada. ¿Quiénes se reparten el pastel ahora? Porque Joe Drago no tiene talla suficiente para controlarlo todo él solo…

—Dígame una cosa… ¿Qué busca realmente? Porque todo esto no tiene nada que ver con el suceso de anoche.

—Tal vez sí, uno nunca sabe. Lo cierto es que Catlin, que el diablo confunda, quiere que escriba una «serie» sobre Rex Sisco, su imperio y sus delfines.

—Ya veo.

—Eso explica mi interés en el embrollo. Tengo que sacarme la «serie», aunque sea de la manga o me juego el puesto.

—Si yo estuviera en su lugar, Decker —insinuó piadosamente, con su mirada triste—, empezaría a buscarme otro trabajo.

—¿Por qué?

—Porque no conseguirá nada concreto. Sisco murió de muerte natural y a pesar de que en su sucio mundo hubo cierta conmoción, todo sigue más o menos igual. Nadie habla, nadie muestra nerviosismo por lo que sea que se esté cociendo. No tenemos donde agarrarnos.

—Usted dice que todo sigue igual y yo pregunto. ¿Manejado por quién?

—Nadie parece saberlo.

—Joe Drago —dije.

—Casi seguro.

—¿Quién más?

—¿Ha de haber alguien más?

—Hopson, no juegue conmigo. Ambos conocemos lo bastante a Drago para saber que no tiene talla para ocupar él sólo el lugar de Sisco. Ha de haber alguien más…

Sonrió como un conejo.

—¿Va a publicar todo esto?

—¿Qué? No tengo nada.

—Mencione a Drago, aunque sólo sea una vez y su periódico va a sufrir la peor demanda por libelo de toda historia. Tienen todo el

batallón de abogados que sirvieron a Sisco.

—¡Tienen! —salté—. ¿Quiénes, maldita sea?

—¿Lo dije en plural?

—Está tomándome la cabellera, Hopson. Y nunca dio buen resultado burlarse de la Prensa.

—¡Dios me libre de hacer tal cosa! Mire, enfóquelo desde otro ángulo. Como policía, yo no sé una maldita cosa porque no tengo ni la sombra de una prueba, aunque fuera circunstancial. Como ciudadano curioso, que se interesa por el mundo del crimen, tengo la corazonada de que Drago comparte ahora el imperio con otro bastardo llamado Don James.

Casi salté de la silla.

—¡Don James! —exclamé—. Ése alacrán no acostumbra a compartir nada con nadie. Lo quiere todo.

—Esta vez, el pastel era demasiado grande, incluso para él.

—Ya entiendo…

—Recuerde que oficialmente no hay nada de nada —remachó.

—Tampoco había nada contra Sisco y hasta los esquimales sabían quién era y qué hacía.

Encendí otro cigarrillo y lancé el humo hacia el techo. Multitud de ideas comenzaban a danzar en mi sesera.

Al cabo de unos instantes, Hopson dijo:

—A propósito, Decker… ¿Quién era su dama de anoche?

—¿Qué?

—La dama del escote. El pobre sargento pasó una noche de perros pensando en ella. ¿Quién era?

—¿Por qué quiere saberlo, pretende que le dé su teléfono?

—Me gustaría.

—Hopson, usted nunca fue un libertino. ¿A qué viene su interés?

Estaba mirándome fijamente y no me pareció que estuviera de muy mal humor.

—Cuando vi su cara, anoche, me recordó a alguien determinado, aunque no pude localizarla en mi memoria.

—Apuesto que fue usted el único de cuantos estaban allí que perdió el tiempo mirándola a la cara…

Como si no me hubiera oído añadió:

—Fue casi al amanecer, cuando la recordé. Patty Hooker, la amiga de Rex Sisco.

—Ahora es amiga mía.

—A otro perro con ese hueso. ¿Qué le sacó usted, Decker?

Esta vez me eché a reír.

—Ahora podría hacer un chiste con la respuesta —dije—, pero no creo que tenga usted sentido del humor suficiente para entenderlo. No pude sacarle nada, aunque llegamos bastantes lejos.

—¿Tan lejos como su apartamento?

—Más despacio…

—Le diré que esta mañana se ha recibido una denuncia del administrador de un edificio de apartamentos de alquiler. Uno de ellos estaba destruido, como si hubiera pasado un huracán entre sus paredes. Era el apartamento de Patty Hooker.

—Eso puede resultar interesante.

—¿Fue usted allí, sí o no?

—Estuve. Vi los destrozos. Me largué. Punto.

—La chica no lo denunció…

—Ella sólo quería poner tierra de por medio. Estaba asustada.

—¿Asustada? Eso sería después de su encuentro con nosotros, porque mientras volvió bizcos a los muchachos del departamento no tenía ningún miedo.

—Tal vez disimulaba.

Suspiró.

—Ese juego no nos lleva a ninguna parte. Decker, cuando usted decida colaborar tal vez encuentre también colaboración por mi parte. Hasta entonces, déjeme trabajar en paz, ¿quiere?

—Le doy mi palabra de que no sé nada de nada. Fueron dos tipos los que hicieron el trabajito del apartamento, eso es todo. No sé quiénes eran, ni sus nombres, ni para quién trabajaban. Busqué a Patty con la esperanza de que pudiera orientarme para mi futuro reportaje, pero sus orientaciones estaban dirigidas en otra dirección…

—¿Qué dirección, su dormitorio?

Me levanté.

—Decididamente, tiene usted una mente lúbrica, Hopson.

Me largué, convencido de que ambos habíamos estado jugando más o menos al ratón y al gato. Sólo que me quedaba la impresión de que yo no había sido el gato precisamente…

Empleé algunas horas en patear las calles en busca de datos.

Interrogué a multitud de individuos escurridizos, frecuenté los peores tugurios de la ciudad y acabé con dolor de cabeza y las manos vacías.

Era asombroso, pero al parecer todo el mundo estaba de acuerdo en una cosa tan sólo: Que no pasaba nada en los bajos fondos.

Sólo que yo sabía que sí pasaba algo. Había tormenta, y el epicentro del fenómeno giraba en torno a Patty y los pistoleros que le habían puesto el apartamento patas arriba, más los otros dos que habían intentado cazarnos.

Entonces aún no podía saber cuánta razón tenía al pensar así.

Cuando lo supe… Bueno, hubiese preferido ignorarlo.

CAPÍTULO V

Velda se desenroscó igual que una serpiente perezosa, liberándome momentáneamente.

Aproveché para respirar y dije:

—Habré de dosificarte, linda.

—¿Por qué? Sólo trato de ser amable contigo.

—¡Amable! Y me ahogas.

Sonrió.

Pensándolo bien, Velda podría ser la mujer de mi vida. Sólo con proponérselo me llevaba por la cuerda floja.

—Prepararé algo de beber —sugirió—. Eso quizá levante tu ánimo.

—Lo necesito. He tenido un día pésimo.

Llenó los vasos y volvió a mi lado. Su proximidad me producía el mismo efecto que una corriente eléctrica.

Bebí casi todo el contenido del vaso y luego me recosté buscando una postura cómoda.

Ella estaba casi sobre mí, escrutándome con mirada crítica.

—Mike —musitó—, me gustaría saber qué te traes entre manos.

—¿A qué viene eso?

—No tienes ninguna prisa…

—Te dije que hasta las nueve no me iría a menos que me echaras a puntapiés.

—Y llevas aquí la mayor parte de la tarde.

—¿Demasiado tiempo quizá?

—No, claro que no. Pero hasta ahora nunca habías mostrado tanta fidelidad a mi compañía.

—No desvaríes. Tu compañía es lo que más deseo en este mundo.

—Mírame, tipo listo.

—¿Qué otra cosa estoy haciendo todo el tiempo?

—No esperes que lo mencione con todas las letras. Ahora, sólo mírame.

Fije los ojos en los suyos. Ella descendió poco a poco hasta que su aliento me rozó la cara.

Sus ojos tenían la sorprendente cualidad de que parecían cambiar de color según su estado de ánimo. Por entonces, eran oscuros y brillantes, insondables como la noche.

—Eres un embustero —dijo de pronto—. Estás aquí porque piensas utilizarme de algún modo.

—¡Pero, encanto! Estoy utilizándote desde que llegué y no parecía disgustarte la cosa.

Se apartó, suspirando. Cuando suspiraba su busto se dilataba de un modo asombroso.

—Está bien —claudiqué—. Sabes que no hay nada en este mundo que yo desee tanto como tu compañía. No obstante, en esta ocasión existe otra razón por la cual esté aquí.

—Ajá, lo sabía. Ahora, veamos qué razón es ésa.

Antes que pudiera responder, el teléfono empezó a sonar.

Hice una mueca y dije:

—Ahí tienes la razón…

Descolgué el auricular y escuché. Una voz impaciente gruñó:

—¿Patty? Habla Hubert.

Ante mi silencio, la voz se alarmó:

—¡Patty! ¿Estás ahí?

—No, Hubert, no está aquí. Tal vez sería mejor que usted y yo tuviésemos una conversación…

—¿Quién…, quién es?

—Alguien que quiere hablarle. Fije usted un lugar de su confianza y acudiré.

—¿Dónde está Patty?

—En un sitio más seguro que éste.

—¿Qué han hecho con ella?

—Tranquilo. Está bien y segura por el momento. ¿Dónde puedo verle? Es importante para usted.

De pronto colgó.

Maldije, porque había cifrado muchas esperanzas en ese tipo.

Velda, perpleja, murmuró:

—¿Te interesas por la golfa, Mike?

—En cierto modo. Por ella y por su amigo, ese Hubert del demonio.

—Es un fotógrafo —dijo—. Les oí hablar algunas veces.

Casi salté de pie.

—¿Sabes también dónde vive, o dónde tiene su estudio?

—No, eso no creo que lo hayan mencionado nunca. ¿Puedes decirme a qué estás jugando, cariño?

—Yo también quisiera saberlo. El hecho de que compartas el teléfono con esa mujer ha simplificado un tanto las cosas para mí, pero no lo suficiente. Habré de imaginar otro modo de localizar a ese tal Hubert.

—No comprendo nada de todo esto.

—Ni falta que te hace. Te prefiero en la ignorancia, pero tan hermosa como un sueño y tan apasionada como una adolescente con su primer amor…

—No eches discursos, so tonto. Sólo bésame.

—Ésa es una buena sugerencia.

A las nueve menos cuarto la aparté de mí a regañadientes.

—La próxima vez que te vea recuérdame que he de proponerte algo —dije, levantándome.

—¿Qué cosa?

—Déjame pensarlo un poco más.

Estaba anudándome la corbata cuando se acercó por detrás y me rodeó con sus brazos. Sus cabellos se desparramaron por mi cuello y su contacto sedoso me produjo escalofríos.

—Mike… —Runruneó.

—Adelante. Dilo.

—Hazme ahora esa proposición… No puedes dejarme en la duda.

Apretó un poco más su abrazo, como si toda ella quisiera fundirse dentro de mi.

—No seas impaciente. Depende de otros factores el que me decida.

—¿Qué factores, de qué maldita cosa estás hablando ahora?

—Dinero, nena. Voy a pedir aumento de sueldo, y más primas. Necesito mucho dinero.

—¿Para qué? Vives como quieres, que yo sepa.

—Bueno, un tipo solo, se apaña fácilmente. Dos es más difícil.

—¿Dos?

Me liberé de sus brazos para ponerme la chaqueta.

—Eso dije.

—Quieres decir… ¿tú y yo?

—Es sólo una idea. Si no te gusta, olvídalo.

—¡Mike, maldita sea! ¿Estás diciendo que quieres casarte conmigo?

—¿Dije yo eso?

—¡Me gustaría arrancarte la cabeza!

—Y te quedarías viuda antes de tiempo. De veras, nena, lo he pensado a menudo. Tú y yo nos entendemos bien…

—¡Eres un…, un…! —Su voz se ahogó—. ¡Maldita sea…! —repitió con voz que temblaba—. Decirle eso a una mujer… de ese modo idiota…

—¿Qué quieres? No sé hacerlo de otra forma, no sirvo para escenas tiernas, palabras dulces y cosas así. Te quiero y si hay otra manera de decirlo yo la ignoro.

Me echó los brazos al cuello. Sus ojos brillaban en la penumbra como los de un gato. Tal vez fuera que estaban húmedos.

—Mike…, Mike…

—Piénsalo.

Estaba ante mí, rígida, como si hubiera recibido un golpe en la nuca.

En cierto modo había sido un golpe.

Pude besarla en la boca sin provocar un estallido, dije adiós y me deslicé fuera del apartamento sin que ella hubiera reaccionado.

Minutos después pilotaba mi maltrecho auto en busca de Dover Road número nueve.

* * *

Era un *bungalow* reducido, hermoso y flamante, en un hermoso distrito recién abierto, con amplias avenidas bordeadas de tilos, céspedes rutilantes y cedros en los jardines. Los céspedes, los tilos jóvenes y los cedros debían haber costado una fortuna, sólo por trasplantarlos allí.

Dejé el coche ante la diminuta verja blanca que separaba el

césped de la acera. Caminé sobre las baldosas de piedra y llamé a la puerta, un tanto sorprendido de que no hubiera una sola luz en toda la casa.

No obtuve respuesta. Comencé a pensar que Patty se había burlado de mí, dándome esa dirección sólo para librarse de mi asedio. Tal vez ni siquiera vivía nadie todavía en la flamante vivienda.

Insistí dos veces más con el mismo resultado. Estaba a punto de largarme, cuando se me ocurrió dar un vistazo a las ventanas.

Encontré una abierta de par en par, en la fachada lateral.

Introduje la cabeza y atisbé, pero el interior estaba tan oscuro como un lago de tinta.

Bueno, después de todo yo estaba allí para obtener algo concreto. Pasé la pierna por el alféizar y me colé dentro cautelosamente.

Cuando localicé la llave de la luz y le di vuelta vi que estaba en una salita reducida, confortable y desierta. Los muebles eran tan nuevos como la casa y no había ningún detalle personal en ningún lado.

Apagué la luz y me interné en el *bungalow*. Así, encontré primero la cocina, que tenía una puerta que daba a la fachada posterior y estaba cerrada.

Después, un comedor bien equipado, con chimenea de piedra, un diván curvo ante ella y una espesa alfombra blanca en medio.

Había los muebles imprescindibles, pero nada sobre ellos, ningún objeto de adorno, ningún libro, ni cuadros.

Nada.

Seguí adelante hasta llegar al dormitorio.

Era grande, de color azul y rojo.

El azul correspondía a las paredes y los cortinajes.

El rojo, a la sangre.

La había por todas partes, como si el cuerpo tendido en el centro la hubiera vomitado en todas direcciones.

Sentí náuseas, y un dolor agudo en alguna parte remota del cuerpo. Tal vez sea cierto que el corazón es algo más que un órgano encargado únicamente de bombear sangre…

Me acerqué poco a poco al cadáver.

Patty ya no podría confiarme nada.

Aún llevaba la misma minifalda y la blusita que le viera la última vez que me besó.

Su cuerpo mostraba incontables desgarraduras. Ya no era hermoso ni habría podido encandilar a los polizontes, aunque les encandilaría por otras razones.

De su bellísimo rostro no quedaba nada. Era un cuajaron de huesos astillados.

Habían hecho un buen trabajo.

Me sorprendí temblando de ira. Una ira como no recordaba haberla experimentado jamás igual.

Aquella muchacha había estado en mis brazos, me había besado, mordido casi en su peculiar manera de demostrar cuánto me agradecía el haberle salvado la vida.

Había sido casi mía con sólo darme su boca.

Y ahora yacía como un guiñapo informe, desgarrado, obra de un salvaje.

De dos salvajes con toda seguridad.

Me volví de espaldas al cuerpo y miré en torno. Las ropas de la cama estaban revueltas, pero no parecía que nadie hubiera yacido sobre ella.

Por lo demás, no había excesivas huellas de desorden. Si habían registrado, lo hicieron con método esta vez.

O quizá no fue necesario que registraran nada si la habían obligado a revelarles lo que querían saber.

No obstante, abrí el armario. Había dos vestidos de mujer, zapatos, y algunas prendas íntimas en los cajones. Todo escaso, como si sólo se hubiese guardado allí lo imprescindible para una emergencia.

Tampoco en el cuarto de baño había mucho más.

En otro dormitorio encontré un bolso olvidado en él armario. Era un bolso deslucido y vacío, excepto un folleto de publicidad de cierto hotel de la costa, El bolso debía llevar meses olvidado allí.

Lo dejé todo como estaba y regresé junto a la desgraciada Patty.

Estuve un largo minuto contemplando el sangrante despojo, obligándome a mirarlo, como si quisiera estar seguro de que su recuerdo me acompañaría después de esa noche de infierno.

Tal vez lo necesitaba. Quizá fuera eso lo que me diera el valor necesario para enfrentar la situación desde otro ángulo distinto del

que había estado enfocando hasta entonces…

Al fin, busqué un teléfono, pero la casita aún no disponía de aparato.

Apagué las luces y salí por la misma ventana que utilizara al entrar.

Encontré una cabina telefónica casi una milla después. Detuve el coche, entré y llamé a la policía.

Tardé cierto tiempo antes de conseguir que me pusieran en comunicación con el teniente Hopson.

—Habla Decker, teniente —dije.

—Hola. ¿Qué le pasa a su voz?

—Mi voz está bien. ¿Conoce usted Dover Road?

—¿Dover? Espere…, es en ese distrito nuevo.

—Ajá. Venga para acá. Número nueve.

—¿Para qué?

—Quiero que vea lo que queda de la muchacha del escote que tanto impresionó al sargento.

—¿Lo que queda? —Gruñó—. ¿Quiere decir que está…?

—Muerta.

—No se mueva de ahí hasta que yo llegue.

Colgó.

Volví al coche y regresé al *bungalow*. Estuve sentado en el auto todo el tiempo hasta que empezaron a llegar los coches de la policía, con el teniente a la cabeza.

Fue una manera como otra de desatar el infierno.

CAPÍTULO VI

En el interior, los policías realizaban su trabajo. Podía oír sus voces desde el césped donde esperaba, apurando cigarrillos. Tenían todas las ventanas abiertas de par en par y no creo que quedara una sola luz sin encender.

Más tarde, Hopson salió, me vio y vino a sentarse a mi lado, en el suelo, sobre la fresca hierba.

—Bueno, no es nada agradable de ver —gruñó—. Deme un cigarrillo, Decker.

Cuando hubo encendido, dijo:

—¿Sabía usted que ella estaría aquí cuando vino?

—Me citó.

—Ya veo. Y supongo que cuando estuvo hablando conmigo, por la mañana, ya sabía de la existencia de ese *bungalow*.

—Sí.

—¡Qué gran tipo es usted! Agradezco su colaboración en lo que vale, de veras.

—Hopson, mi humor no es el más adecuado para soportar sus sarcasmos. Cambie de rumbo.

—¿Tanto le duele?

—Sí.

—¿Qué significaba ella para usted?

—Una mujer. Sólo eso.

—Pensé que era tan sólo una fuente de información, desde su punto de vista.

—Ahora pienso que fue algo más. Me besó, y aunque otras mujeres lo han hecho anteriormente, en estos momentos sólo puedo imaginarla besándome, diciéndome que me esperaría aquí, esta noche…

—Comprendo. Es usted un sentimental después de todo.

—¿Puede decirme qué le han hecho?

Me miró por el rabillo del ojo y estuvo sacando humo del cigarrillo un buen rato. Al fin murmuró:

—No le gustaría saberlo. Por lo menos, no le gustarían los detalles teniendo en cuenta sus sentimientos.

—¿Tan mala es la cosa?

—Mucho peor. Y ahora hablemos claro, Decker. Suelte todo lo que sabe y veamos qué podemos hacer.

—Le dije todo lo que sabía cuándo estuve en su despacho. Sólo me guardé un detalle. Yo vi a los bastardos que hicieron trizas el apartamento de Patty. No los mencioné antes porque me amenazaron… dijeron que me liquidarían si no los olvidaba…, y tomé en serio su amenaza.

—De modo que podría reconocerlos.

—Con toda seguridad. Y le diré que estaría dispuesto a jurar que fueron ellos quienes hicieron esa salvajada. Les cae bien a su tipo.

—¿No sabe para quién trabajan?

—No. Quiero examinar sus archivos, Hopson. Esos hijos de perra deben haber sido fichados alguna vez.

—De acuerdo. Lo tenemos bien organizado ahora. Será fácil hallarlos si están en nuestras colecciones de bellezas.

Se levantó y me dejó solo otra vez.

Vi cómo llegaba la ambulancia, y cómo más tarde se llevaban el cuerpo cubierto por una sábana, La sirena de la ambulancia aulló al alejarse y después se extinguió en la distancia.

Algunos de los coches de la policía se fueron y otros llegaron.

También llegaron algunos reporteros. Y curiosos, y fotógrafos.

El infierno.

Me levanté y procurando pasar desapercibido tomé el coche y me largué a escape, para esperar al teniente en su propia oficina…

* * *

El alba se insinuaba más allá de la ventana cuando encontré al primero.

Sobre la mesa se amontonaban gruesos álbumes conteniendo miles de fotografías de celebridades del hampa.

Gentes de todas las cataduras, rostros ceñudos, sombríos.

Otros, barbilampiños, desafiantes, agresivos.

El primero que localicé era el risueño.

Puse una señal en el álbum y continué la búsqueda. El sargento Shirreffs entró cuando el sol ya estaba alto. Traía una taza de café y un emparedado.

—Tómelo, Decker —dijo—. Orden del teniente. ¿No ha habido suerte?

—Tengo a uno. Sólo falta el segundo y la noche habrá terminado.

Sonrió.

—Hace horas que terminó… ¿Cuál es el que tiene?

Le mostré la fotografía. La sacó del álbum, miró el reverso y se fue.

Encontré al triste después de apurar la taza de café. Me recosté en la silla y cerré los ojos. Tenía la boca seca y el tabaco me sabía a estiércol.

Cuando el sargento volvió le mostré la foto.

—Éste —dije—. Aunque ahora está un poco más gordo.

—Del primero, hay un expediente tan largo como mi brazo. Está en poder del teniente. Ahora llevaré el de éste.

Me levanté cansadamente y subí las escaleras hasta el despacho de Hopson.

—Harry Cassidy —dijo, tendiéndome una gruesa carpeta amarilla.

Leí el historial de un delincuente vulgar, violento y peligroso.

Uno de tantos rufianes como andan sueltos contra todas las leyes de la lógica.

El sargento trajo otro expediente parecido.

El triste se llamaba Thomas Fowler, y en cuanto a méritos no tenía nada que envidiar a su compañero.

Hopson gruñó:

—¿Cree que fueron ellos quienes la mataron?

—Personalmente, creo que sí. Es un trabajo que les cae a la medida. Quiero fotos de ambos, teniente.

Enarcó las cejas.

—¿Para qué?

—Voy a ponerles un petardo en el trasero y haré que estalle. Puede estar seguro que saltarán hasta las nubes.

—A pesar de su advertencia, ¿eh?

—Las cosas han cambiado ahora.

—Claro, claro…

—¿Puedo conseguir esas fotos, sí o no?

—No debería permitírselo, Decker. Tan pronto publique usted lo que está pensando se organizará una maldita cacería y la pieza a cobrar será usted.

—Pensaré en eso después.

Suspiró resignadamente. Fingía contrariedad, pero yo estaba seguro que se alegraba de mi determinación, porque provocando los acontecimientos, él tendría mayores y mejores oportunidades de echarles el guante a los dos forajidos.

—Le conseguiré esas fotos —dijo al fin—, pero nadie debe saber de dónde las obtuvo. Sus colegas pedirían mi cabeza a gritos.

—Conforme.

Tomé notas de ambos historiales mientras él encargaba unas copias de las fotografías.

Cuando las tuve en mi poder, todavía húmedas, me largué a escape rumbo a la redacción. Ya era hora de que Catlin contribuyera más directamente en el asunto.

Capítulo VII

A Catlin le brillaban sus astutos ojos cuando hubo leído el artículo.

—Estaba seguro que te decidirías… ¡Esto va a armar una polvareda!

—Quiero una pistola, Catlin —dije.

Su entusiasmo se enfrió.

—¿Qué dijiste? —Gruñó.

—Quiero una pistola. Grande.

—¿Para qué demonios…? Puedes meterte en un lío si…

—Si no llevo pistola pueden meterme en un ataúd. Prefiero un buen lío.

—Escucha, el hecho de que publiquemos ese reportaje y esas dos fotografías no quiere decir que toda el hampa vaya a pedir tu cabeza, Mike, entiéndelo.

—No me convencerá. O me facilita un arma o renuncio desde este mismo momento.

Comprendió que la cosa iba en serio y estuvo refunfuñando un buen rato.

Después, dio instrucciones para la inserción del artículo y las fotos y finalmente se enfrentó conmigo.

—Me preocupas. Mike —dijo.

—Yo también me preocupo, pero es por mi pellejo.

—Me gustaría estar seguro de que quieres realmente la pistola sólo para defenderte…

—¿Para qué otra cosa?

Me miró, sombrío.

—Esa chica te pegó fuerte, ¿eh?

—¿Patty?

—¿Te enamoraste de ella en tan poco tiempo?

—No. Estoy enamorado de otra en realidad.

—A través de lo que has escrito uno cree adivinar que esa mujer fue algo más que una simple fuente de información para ti.

—Deje que la gente imagine cosas. Eso aumenta las tiradas.

—¡Maldita sea, Mike! ¿Crees que soy incapaz de preocuparme de nada más que de aumentar las ventas?

—No quiero discutir, Catlin. Consígame una pistola de una maldita vez, ¿quiere?

—De acuerdo, pero si te metes en un lío no vengas aquí lloriqueando.

—¿Aquí? Antes pediría ayuda a un escorpión.

—Pasaré por alto ese comentario —rezongó—. Sube arriba y dile a Flanagan que extienda una solicitud de licencia a tu nombre. Luego, en caja, te facilitarán dinero para comprar un arma. Yo daré instrucciones.

Hice todo lo que él indicó. Dos horas más tarde tenía en mi poder una «Magnum-44» y una caja de cartuchos, amén de la correspondiente licencia.

Ésa era un arma de verdad, de modo que saqué del bolsillo la pistolita de Patty y tras dedicarle una mirada nostálgica la dejé en la guantera del coche. Con la potente automática recién adquirida me sentía mucho más seguro.

* * *

Apareció en la primera edición de la noche.

Las dos fotografías en primera página, un encabezado a toda plana preguntando:

¿HA VISTO USTED A ESTOS HOMBRES?

Seguía el artículo en el que describía el vandálico destrozo del apartamento de Patty por los dos rufianes, la manera cómo me habían cazado y todo lo demás.

Acababa insinuando que los mismos individuos podían estar implicados en el posterior asesinato de Patty Hooker. Si alguien conocía su paradero, o los veía en cualquier lugar, debía llamar sin demora a la policía o al periódico.

Leí mi propio artículo sentado en un bar, cuando ya había cerrado la noche. No encontré nada que objetar y pensé no sin amargura que a partir de esa noche debería vivir en permanente alerta y dormir con un ojo abierto.

En caso contrario, muy bien podría suceder que mi sueño fuera eterno…

Salí y caminé por la acera dándole vueltas a esto y aquello, buscando un eslabón que me permitiera seguir tirando de la cadena que un día no lejano Rex Sisco empuñara con su mano de hierro.

Pensé en dedicar esa noche a Velda. Sólo a su lado me sentía tranquilo, relajado y en paz conmigo mismo.

Ojalá lo hubiera hecho.

En lugar de eso, acabé en la redacción, me aseguré de que Catlin no estaba allí y tras esto busqué a Perry Johnson, el mejor fotógrafo que había tenido nunca el periódico.

Estaba enfrascado en unas ampliaciones y su cuarto de trabajo parecía un valle sumido en la niebla. El humo de su pipa habría podido cortarse con un cuchillo.

—Espera un minuto, Mike —gruñó—, termino esta porquería, y estoy contigo.

—¿Porquería?

—¡Puaf! Fotos de sociedad… Me gustaría saber por qué la gente le llama a eso el gran mundo…

Siguió rezongando todo el tiempo hasta que terminó. Entonces sacudió la pipa y fue a sentarse al otro lado de su viejo escritorio.

—Bueno, parece que al fin has levantado un filón. Catlin está entusiasmado —comentó, pegándole fuego a la cachimba.

—Trato de continuar explotándolo y necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Tengo el nombre de pila de un fotógrafo. Nada más. Y necesito localizarlo.

Arrugó el ceño.

—¿Un fotógrafo de Prensa?

—No lo sé, imagino que no.

—Malo.

—Se llama Hubert. Tiene un estudio.

—¿Probaste en la guía telefónica?

—No. ¿Para qué? Habrá centenares de fotógrafos, y estarán por

el apellido.

—Tal vez esté inscrito en la Unión… Debo tener un boletín en alguna parte…

Comenzó a revolver toda la mesa. Era increíble la cantidad de papeles que podía acumular en ella.

No encontró nada y la emprendió con el archivador.

Al fin dio con lo que buscaba. Era un folleto de la Unión de Fotógrafos Profesionales de la ciudad.

—Hubert, ¿eh? —mascululló.

Repasó la interminable lista de nombres. Tomó algunas notas y después suspiró.

—Hay tres con ese nombre —dijo—. Aunque es posible que el individuo que te interesa no sea ninguno de éstos. Puede dedicarse a la profesión y no pertenecer a la Unión, ¿entiendes?

—Seguro.

Tomé el papel donde había anotado los nombres.

Hubert West.

Hubert Cord.

Hubert Scott.

—Gracias, Perry.

—Dime por lo menos para qué quieres encontrar a ese fulano.

—Tal vez para romperle el alma —dije, pensando en que muy bien pudo ser el fotógrafo quien matara a Patty.

Me fui, dejándole sumergido en el espeso humo de su pipa.

Empecé a buscar por el mismo orden que él los había anotado.

Y empecé mal, porque el primero no vivía en el estudio y nadie acudió cuando llamé.

El segundo resultó un hombre de casi sesenta años, de ojos vivos. Vivía en un apartamento sobre su estudio y a las primeras de cambio supe que no era el individuo que buscaba. Le presenté mis disculpas por molestarle a semejantes horas y me largué.

El tercero, Scott, ofrecía mejores posibilidades.

Era un tipo de como treinta años, delgado y apuesto, con un rostro blando, pero bien parecido, uno de esos figurines que entusiasman a cierta clase de mujeres.

Me miró de arriba abajo cuando abrió la puerta. No pareció muy satisfecho de lo que veía.

—Amigo —dijo—, espero que tenga una buena razón para

importunar a estas horas.

Llevaba un elegante batín de seda sobre un pijama negro, también de seda. Tras él podía ver la recargada decoración del piso y no cabía duda que entonaba con su personalidad.

—La razón es Patty —dije.

Enarcó sus bien perfiladas cejas.

—¿Patty? —murmuró—. ¿Patty qué?

—Hooker.

—No creo conocer a ninguna mujer con ese nombre, aunque tampoco estoy muy seguro. Uno conoce a tantas, ya sabe…

Estábamos en el umbral de la puerta. Mi humor no estaba en su punto brillante esa noche.

Pasé por su lado, apartándolo y dije:

—Cierre la puerta. Hablaremos aquí dentro.

—¡Un momento! ¿Qué demonios cree que…?

—¡Cierre la puerta!

Lo hizo violentamente y vino hacia mí belicosamente…

—Va a salir de aquí tan deprisa que parecerá el hombre cañón del circo —aseguró.

—Piénselo dos veces, Hubert.

En alguna parte, una voz femenina preguntó:

—¿Ya terminaste, cariño? Estoy esperándote…

Se detuvo, indeciso.

Una muchacha apareció por una puerta, asomándose por entre los pliegues de un pesado cortinaje.

Puede decirse que todo lo que llevaba puesta era el cortinaje.

Lanzó un gritito cuando me vio y volvió a desaparecer rápidamente.

—Bueno, yo no la llamé —dije.

Disparó su puño con un golpe que debió creer fulminante.

Fue tan lento que hubiera tenido tiempo de entrar a ver a la chica, decirle un par de cosas y volver antes de que su golpe me alcanzara.

No fui a ver a la chica, claro. Sólo esquivé y lancé la zurda de abajo arriba, y mi puño sí era rápido.

Estalló en su mentón y lo levantó unas pulgadas sobre el suelo.

Cuando aterrizó lo hizo sentado sobre la alfombra. Sacudió la cabeza y después se tanteó la cara amorosamente.

Pensé que iba a echarse a llorar.

Le dije:

—Serví en los marines, amigo. Nos entrenaron hasta que sudábamos sangre…

—¡Maldito bastardo! —rezongó—. ¡Salga de aquí!

—No, hasta que recuerde a Patty.

—No la conozco, palabra.

Seguía tanteándose la cara, tal vez para asegurarse de que aún la conservaba en su sitio.

—Pruebe otra vez —le sugerí con amabilidad.

—Le preguntaré a Ellen… ¡Ellen!

Se levantó. La chica asomó sólo la cabeza esta vez.

—Ponte alguna ropa y ven aquí —le espetó de mal talante.

La muchacha retiró la cabeza. A juzgar por el tiempo que tardó en salir no debía haberse puesto más que la leve bata que trataba de ceñirse a la cintura.

—¿Conocemos a una mujer llamada Patty Hooker? —le preguntó el galán.

—¿Patty? Hubo una modelo, hace tiempo… Sí, Patty. Pero no se llamaba Hooker, estoy segura.

Para representación, parecía demasiado rebuscada. Comencé a darme cuenta que también aquí me había equivocado.

No obstante, el fotógrafo gruñó:

—Trata de recordar su apellido, aunque sólo sea para librarnos de ese maldito fisgón.

—No puedo, querido… Era una chica delgada, pero bien formada. Daba el tipo para fotos de ropa interior y cosas así.

—¿Delgada? —dije, desalentado.

—Sí.

—¿No tenía unos senos descarados, caderas perfectas y piernas extraordinarias?

La chica pareció ahogarse.

—¿Senos grandes? —jadeó.

—Sí, agresivos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó—. No habría servido para publicidad de ropa interior, ¿no lo comprende? Tienen que ser delgadas, con senos pequeños y piernas finas.

—Claro, claro… Lo siento, me equivoqué.

Abrí la puerta y me deslicé fuera. Lamenté de veras haberles estropeado la noche.

Entonces aún no tenía ni idea de lo que era una noche estropeada…

CAPÍTULO VIII

Detuve el coche lo más cerca que pude de mi domicilio. Estaba cansado, soñoliento y ansiaba una ducha fría tanto como respirar.

Entonces aparecieron.

Los dos gorilas que ya conocía y cuyas fotografías campeaban en seiscientos mil ejemplares impresos repartidos por la ciudad y fuera de ella.

El risueño me dejó ver la pistola que empuñaba y dijo:

—Nos cansábamos de esperarte, hermano.

Hice ademán de sacar la automática que yo llevaba, pero para el caso fue lo mismo que si la hubiese tenido encerrada en una caja fuerte.

Tuvieron tiempo de sacudirme un par de golpes con el cañón de las suyas, derribarme en la acera y despojarme de la flamante pistola. Fue todo un éxito por mi parte.

Me sentí llevar en volandas hasta el coche otra vez. Me arrojaron de cabeza dentro y el risueño ladró:

—¡Espabila! Vas a conducir tú.

Se coló a mi lado. El otro subió atrás y comenzó a enredarme los cabellos con su pistola.

—Muévete —dijo—. Tenemos que hacer un viaje.

—¿Adónde?

—Si te lo dijera ahora estarías demasiado nervioso para conducir.

Encendí el motor y aparté el coche despacio.

El risueño me hurgó el costado con su arma.

—Tranquilo —me aconsejó—. Sigue adelante hacia la carretera de la costa.

Conduje a velocidad moderada. La cabeza me dolía como el

infierno y sentía la viscosidad de la sangre deslizándose por mi nuca.

Quince millas al sur el triste, desde atrás, refunfuñó:

—Atención ahora…, hay un desvío a la izquierda. Tómalo.

Obedecí. Sabía que era el último viaje de mi vida. El «paseo», como le llamaban a eso.

Uno lee estas cosas y se maravilla de la falta de imaginación de la víctima literaria. Uno está seguro de que en su lugar encontraría mil y una ocasiones de librarse de sus verdugos.

Sólo que en la realidad las cosas no son tan fáciles.

—Para.

Detuve el coche y cerré el motor. El silencio cayó sobre nosotros.

El risueño dijo:

—No debiste hacerlo, jamás, hermano… Publicar esas cosas. Y nuestras fotografías además —parecía realmente escandalizado, casi apenado por tamaña ingratitud humana.

El otro rezongó:

—No tendrás tiempo de lamentarlo…

Me descargó otro culatazo. Caí hacia adelante y golpeé el volante con la cara. Algo comenzó a zumbar como una dinamo dentro de mi cabeza.

El risueño se echó a reír.

—Deja algo para mí, hombre —cacareó.

Comenzó a golpearme con método, con técnica. Fue lo que ellos llaman un buen repaso Cuando acabó yo ya no sentía nada porque estaba caído sobre el volante, inconsciente.

Cuando resucité, las portezuelas estaban abiertas y ellos esperaban pacientemente, fumando.

Sentía náuseas, y un dolor espantoso en todo el cuerpo. El sabor de la sangre casi me hizo vomitar.

Uno dijo:

—Ahora, veamos qué conseguiste de la chica. Queremos la verdad o empezaremos a machacarte otra vez.

—Nada… no conseguí… nada…

—¿Estuviste «trabajándola», y no conseguiste nada?

No sé cómo lo hizo, pero la punta de su zapato se incrustó eh mi costado y me lanzó a lo largo del asiento hasta que me deslicé fuera de cabeza por el otro lado. Dolores de agonía me atravesaron como

puñales.

—Es un tipo flojo —se lamentó el risueño—. Habrá que andar con tiento para no acabarlo antes de que haya hablado.

—¡Maldito sea! Voy a volarle los sesos si es que los tiene.

—¡Espera!

—¡Qué espera ni qué…!

—Todavía no nos ha dicho si lo encontró o no.

—¡Al diablo con eso!

Tras no pocos esfuerzos pude sentarme, apoyado en la portezuela abierta del auto.

—Bueno, dilo de una vez. ¿Te lo entregó?

—¿Qué… qué…?

—No empieces de nuevo.

Respiré hondo. Pareció como si me desgarraran el pecho, pero pude llenar de aire los pulmones.

Entonces dije:

—¿Por qué… la mataron, hijos de perra?

—¡Vaya pregunta! —cacareó el risueño.

—¡Atízale!

Levantó la pistola, sólo que esta vez la vi venir y esquivé.

Golpeó sonoramente la portezuela y el trastazo debió despellejarle la mano, porque retrocedió, quejándose.

Hundí la mano en la guantera y empuñé la pistola de Patty.

El triste dijo:

—¿Qué diablos te pasa?

Le disparé a la cara. Dos veces.

El ridículo estampido de la pequeña arma sonó estruendosamente en la noche. Pero sonó mucho más fuerte su grito antes de desplomarse.

El risueño chilló:

—¿Qué…?

Volví la pistola y le metí el resto de la carga en el cuerpo. Estuve disparando hasta que el percutor golpeó en el vacío, y para entonces el gorila caía de espaldas, gruñendo, con las manos aferradas a su estómago.

Me arrastré hacia el primero. Aún tenía la pistola empuñada pero estaba muerto. Se la quité y luego, tanteé sus bolsillos hasta encontrar la mía.

Después traté de levantarme, pero rodé a un lado, sin fuerzas.

Oía los quejidos del risueño que se moría a chorros. A rastras conseguí llegar hasta él y le espeté:

—Esto por Patty, matarife…, por lo que le hiciste…

—Yo… yo no…

—Tú, o tu compañero, ¿qué más da?

—No… lo hicimos… la queríamos… viva…

Quedé helado. Eso no lo había esperado.

El vomitó un chorro de sangre y hundió la cara en el suelo.

Busqué fuerzas en alguna parte. Necesitaba aprovechar los segundos antes que muriese… preguntarle…

—¿Quién…?

La voz se me apagó. El emitió una especie de sollozo desgarrador. Las entrañas debían arderle con tanto plomo en ellas.

Recogí su pistola y regresé al coche moviéndome como un gusano. El risueño boqueó en el silencio. Un estertor terrible, bronco, que parecía echarle fuera las tripas.

Me icé como pude hasta el asiento. Un velo turbio se había aposentado ante mis ojos.

El risueño pareció toser, y después quedó silencioso.

Apoyé los brazos en el volante y hundí la cara en ellos. No sé qué sentía entonces, ni si sollocé, o maldije en voz alta. Sólo recuerdo el inmenso dolor que me aplastaba, destruyéndome con sus zarpazos.

Tampoco sé cuánto tiempo estuve allí. Finalmente, puse en marcha el auto y traté de conducir. Apenas pude dominar el volante.

Giré y el coche dio un salto. Después, más tarde, al recordarlo, me di cuenta de que había pasado por encima de uno de los cadáveres.

Pero entonces no veía apenas nada, como si estuviera ciego.

Ciego de dolor y de pánico.

Hube de detenerme antes de llegar a la carretera de la costa.

Estuve mucho tiempo detenido allí, con los faros apagados y el motor runruneando. Supongo que fue mucho, porque cuando pude pensar con sentido común advertí que el alba se insinuaba barriendo las sombras del cielo.

Entonces conduje con más seguridad hacia el apartamento de

Velda…

Capítulo IX

Cuando desperté ella estaba allí, envolviéndome con su perfume, mirándome con sus ojos como una caricia.

—Hola —dijo solamente.

Pero estaba emocionada. La ternura desbordada de sus ojos.

—¿Qué pasó?

Sonrió.

—Me diste un susto de muerte cuando apareciste en la puerta cubierto de sangre de la cabeza a los pies, la cara tumefacta y temblando de fiebre.

Era de noche y eso me chocó.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hoy, por supuesto, al amanecer.

—Y es de noche…

—Dormiste todo el día después que el médico te curó.

—¿Vio las pistolas?

—Ésta es otra, no parabas de hablar de pistolas. Fui a tu coche y las encontré. Todo un arsenal, pero el médico no las vio.

—Fue terrible… Tuve que hacerlo, Velda… ¡No me dejaron otra alternativa! ¿Comprendes?

—Ni una palabra.

—Iban a matarme… Me llevaron de «paseo», cerca de la costa… Eran dos… los dos que puse en la picota desde el periódico.

—Comprendo.

—Tuve que matarlos, Velda… ¡Lo hice!

Sacudió la cabeza.

—Cálmate. Se trataba de ellos o de ti.

Velda era así, de cuerpo entero. Ni siquiera había parpadeado.

Cerré los ojos. Las imágenes de la noche volvían a mi mente con

espantosa claridad.

Y la verdad era sólo una. Yo había matado a dos hombres.

Defensa propia, claro.

Muy bien.

Pero estaban muertos.

—Te traeré café —dijo Velda, apartándose.

Me dejó solo.

Pronto el aroma del café recién hecho inundó el aire. Cuando lo trajo me sentí revivir, pero al incorporarme en la cama la puñalada de dolor que me atravesó hizo que adoptara ciertas precauciones.

Mientras estaba bebiendo el café salió otra vez y al regresar traía todo el arsenal.

Las dos pistolas del «45» del risueño y su compinche, mi flamante automática que no me había servido de nada, y la brillante pistolita de Patty.

Yo le debía la vida a la ridícula arma. Era como si la pobre muchacha hubiera querido devolverme el favor después de muerta.

Velda se quedó mirándome mientras las dejaba sobre la cama.

—Son todas las que encontré en el coche —dijo.

—No había más.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé. Creí que ellos la habían asesinado, pero me equivoqué…

—No entiendo.

—Olvídalo. No es nada que deba preocuparte.

Añadí:

—Necesito levantarme.

—No podrás tenerte de pie.

—Una ducha me dejará nuevo, seguro.

—Espera un minuto…

Aparté las ropas de la cama y puse los pies en el suelo.

Ella se echó a reír y salió de la habitación.

Realmente, yo no estaba precisamente presentable.

Después de ducharme encontré un traje nuevo sobre una silla, junto a una camiseta y todo lo demás.

¿Dije que Velda era una gran chica? Bueno, me quedé corto.

Las ropas me sentaban bien, y eso era suficiente. Ella apareció y dijo:

—Lo compré esta tarde. No estaba muy segura de que pudieras meterte en ese traje…

—Está bien. Eres mi ángel, linda.

—Trato de cazarte para que cumplas tu propuesta.

—Eso me recuerda que aún he de pedir el aumento… ¿Te das cuenta de que aún no me besaste hoy?

—Lo hice cuando estabas inconsciente y creí que ibas a morirte. ¡Dios, cómo te besé, Mike!

—¡Condenación! Y no me enteré.

Apretó los labios sobre los míos. El beso me reanimó, pero mis labios machacados dolieron de modo endiablado.

—¿Adónde irás ahora, Mike? —susurró.

—¿Recuerdas al fotógrafo del teléfono? Bien, necesito encontrarlo, y pronto. Es muy posible que sea él el asesino que la policía anda buscando.

—¿El asesino de la muchacha?

—Ajá. Antes la llamabas golfa.

—Bueno, ahora… está muerta.

Hice un paquete con las pistolas, excepto con la mía, que metí en la funda. Besé ligeramente a Velda y me marché renqueando. Tenía la sensación de haber envejecido veinte años de golpe.

* * *

Tampoco esta vez el fotógrafo respondió a mi llamada. El estudio estaba cerrado, oscuro y silencioso.

Entonces probé el tirador y la puerta se abrió.

Más allá de la puerta había un caos semejante al que ya viera en el apartamento de Patty. Lo habían registrado… pulverizándolo todo.

Entré y encendí la luz, estupefacto. Di un vistazo por todo el local, temiendo tropezar con el cadáver del fotógrafo, pero no estaba allí.

Sin duda, jamás volvería a utilizar ninguno de sus aparatos, ninguna de sus costosas cámaras. No quedaba nada entero.

De manera que había dado con el Hubert que buscaba. Hubert West.

Pero de poco iba a servirme.

Volví a salir, doliéndome todos los huesos.

Conduje hasta Jefatura, tomé el paquete con las pistolas y subí al despacho de Hopson.

Estaba en compañía del sargento de nombre complicado revisando unos informes.

Los dos se quedaron perplejos al ver mi aspecto.

—¿Con qué tropezó usted, Decker? —cacareó el sargento.

—No sería con una puerta —rió el teniente—. Siéntese antes que tengamos que recogerle del suelo. ¡Vaya paliza!

—¿Tanto se me nota?

—¿No se miró a un espejo o qué?

—La verdad es que me sacudieron hasta que les dolió la mano.

—¿Quiénes?

—Fowler y Cassidy.

Vi la mirada sobresaltada que cambiaron los dos. Casi me eché a reír.

Hopson se dominó con un gran esfuerzo y gruñó:

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche.

—¿La noche pasada?

—¿Es que hablo en chino? Eso dije.

—¿Dónde?

—En el mismo lugar donde les encontraron.

—Vaya —jadeó el sargento.

—Que me emplumen —murmuró el teniente.

Dejé el envoltorio con las pistolas sobre la mesa.

—Eso les interesará. Quizá alguna de estas armas corresponda a algún casi sin cerrar de los que balística guarda con tanto celo.

Hopson desenvolvió el paquete y se quedó mirando la colección.

—¿Qué tal si nos cuenta la historia, Decker? —dijo, ceñudo.

—Claro, a eso vine.

Así que les relaté mi aventura sin que me interrumpieran ni una sola vez.

Sólo cuando callé, el teniente masculló:

—Hizo usted un buen trabajo. Los dos tenían plomo suficiente para hundirse en el mar. Sólo que ha tardado mucho en decidirse a venir aquí.

—Estuve todo el día inconsciente, Hopson. Ellos también hicieron un buen trabajo conmigo.

—Habrá de firmar una declaración en regla, Decker. Habrá una encuesta y todo eso…

—Todo un lío —remachó el sargento.

—Ya lo imagino, pero todo eso vendrá luego. Ahora hay algo más urgente. Yo creía que esos dos habían asesinado a Patty, pero me equivocaba… ¿Saben para quién trabajaban?

—Seguro. Estaban en la nómina de Don James.

—Eso es todo un descubrimiento. Habré que pensar sobre ello. Ahora, ocupémonos de Hubert West.

Hopson enarcó las cejas.

—¿Quién es ése?

—Un amigo de Patty. Tan amigo, que es posible que sea él quien la mató.

Hice otro sucinto relato de lo que había respecto al fotógrafo, sin omitir el estado en que había encontrado su estudio.

—Y también ha desaparecido —refunfuñó el teniente de mal humor.

—Tendrá mucho que contarnos si podemos echarle el guante.

—Si anda escondiéndose no será nada fácil. Ocúpese de eso, sargento.

Nos quedamos solos. Encendí un cigarrillo y ahogué un quejido al cambiar de postura.

Hopson comentó:

—De todos modos, sus sospechas de que ese West mató a Patty Hooker es muy endeble. Pudieron hacerlo otros pistoleros, secuaces de los que le dieron el «paseo» a usted. Es todo un embrollo, Decker.

—No me descubre nada nuevo. Y ahora, si no la importa, podríamos empezar con las declaraciones y demás.

—Claro, claro…

Se ocupó de todo. Entre unas cosas y otras era casi medianoche cuando abandoné Jefatura rumbo a la redacción. Ya tenía material para otra andanada, y esta vez Don James y Joe Drago tendrían más motivos para preocuparse.

Y para desear verme muerto, claro.

CAPÍTULO X

Catlin estaba radiante cuando acabó de leer lo que había escrito.

—¡Magnífico! —estalló—. Sabía que tú podías hacerlo…

—A cambio de jugarme el pellejo. Y eso me recuerda que quiero un aumento de sueldo.

La sonrisa se esfumó de su cara de perro.

—Hablaremos de eso cuando acabes con este asunto —refunfuñó —. ¡Ah! Lo olvidé. Una mujer estuvo llamándote antes. Velda, creo que se llama.

Di un salto hacia el teléfono.

—¡Maldito sea usted! —estallé—. Y no lo dice hasta ahora.

—Lo había olvidado, palabra.

—¡Un cuerno! Quería que terminara de escribir…

Marqué el número de Velda, Ella respondió casi al instante.

—¡Mike! —exclamó—. Ven en seguida, por favor.

—¿Qué ocurre?

—El no quiere que hable por teléfono. Sólo ven.

—¿El?

—Sí.

—¿Quién?

—Nada de nombres. Eso también lo ha dispuesto él.

—Escucha, Linda, ¿te amenaza ese fulano, sea quien sea?

—Oh, no.

—¿Puede oír lo que yo digo ahora?

—No, Mike.

La cabeza me daba vueltas.

—Está bien, iré inmediatamente.

Colgué, olvidé el dolor que me asaeteaba y salí zumbando de la oficina dejando a Catlin vociferando.

Creo que batí un récord en el recorrido. Subí al apartamento, utilicé mi llave procurando hacerlo silenciosamente y entré con la «Magnum» en la mano y el dedo en el gatillo.

Velda estaba sentada en el diván, envuelta en un vaporoso salto de cama y saboreando un líquido de suave color rosado.

Más allá, hundido en una butaca, vi a un hombrecillo de rostro afilado semejante a un ave de rapiña. Era delgado, de corta estatura, y su piel era tan blanca como la leche.

Empezó a levantarse poco a poco cuando la pistola que le apuntaba la tuvo delante de sus ojos.

Velda dio un salto y vino hacia mí.

—¡Querido! —Me echó los brazos al cuello y trató de realizar otra de sus diabluras con la boca. Pero la mía estaba aún tumefacta y desistió.

—¿Quién es él? —dije, sin saber qué hacer con la pistola.

—Hubert West.

Estuve a punto de caerme de espaldas.

—¡West! ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Vine en su busca, señor Decker —dijo él.

Enfundé la pistola y fui a sentarme al lado de Velda. Estaba desconcertado.

—Explíquese —pedí.

—Yo sabía que usted había hablado conmigo desde el teléfono de esta señorita a causa de que compartía la línea con Patty… Bueno, me enteré de que ella estaba muerta y supe que entonces irían a por mí. Necesitaba ayuda…

—¿Sabe que le hicieron trizas el estudio?

Sacudió la cabeza.

—Estaba seguro que lo harían. También quieren capturarme…

—¿Para qué?

En lugar de responder me espetó:

—¿Me ayudará usted?

—¿A cambio de qué?

—De todo lo que sé.

—Me ocuparé de que el periódico se ocupe de su protección en todo caso. Y ahora empiece a hablar.

Suspiró, aliviado.

—Es terrible sentirse solo en una ciudad como ésta, acosado,

acorralado como un perro… y desde la muerte de Patty es así como me siento.

—Mire, West, sé que esos carniceros andan buscando algo determinado. Algo que ellos creen que posee usted ahora, y que antes tenía Patty, así que no se ande por las ramas. ¿Qué es lo que ha armado todo este lío?

—Un rollo de microfilme.

—Vaya…

—Escúcheme, por favor.

—No hay nada que desee tanto en estos momentos como escucharle.

—Todo viene de lejos… de hace meses, cuando Rex Sisco aún vivía y nada hacía sospechar que iba a morir. Por entonces descubrió los manejos de Joe Drago y Don James, Los dos se habían aliado para apoderarse del imperio de Sisco. Incluso tenían designado al asesino que iba a ocuparse del trabajo. Pero Sisco tenía hombres fieles en todas partes y lo supo todo con tiempo suficiente.

—Si se enteró de que los dos se disponían a asesinarle, ¿por qué no los eliminó él?

—Pensó hacerlo, pero tal como estaban las cosas en la actualidad, esa matanza habría enfurecido a los grandes jefes de la Maffia. Pero hizo otra cosa mejor… Recopiló el historial de ambos, de Drago y de James, detallando sus crímenes, aportando datos y nombres de testigos, destruyendo coartadas; concretamente, poniéndoles a ambos prácticamente en manos del verdugo.

—¿Y…?

—Patty estaba con él y le ayudó a transcribirlo todo en apretados folios. Cuando hubo terminado les hizo saber que si se cometía el menor atentado contra él, todo el fajo de documentos irían a parar a manos del fiscal De este modo estableció un seguro de vida.

—Creo que adivino el resto…

Cabeceó, asintiendo. Estaba tan pálido que daba auténtica pena.

—Los papeles abultaban demasiado para esconderlos con eficacia, y Patty le sugirió convertirlos en microfilmes. Ella había posado para mí algunas veces y me trajo los papeles. Fui yo quien los microfilmó. Después, los originales fueron quemados, y el microfilme quedó en poder de Sisco.

—Y al morir éste…

—Patty se apoderó de él. Era una buena chica, pero estaba loca por reunir una fortuna en poco tiempo y marcharse a vivir a Europa. Así que con el microfilme en la mano me propuso trabajar el asunto al cincuenta por ciento.

—¿Cuánto pensaban sacar?

El hombre desvió la mirada.

—Un millón de dólares. Ésa es la cifra que fijó Patty.

Silbé entre dientes. También Velda había contenido el aliento.

—¿Y quién iba a pagarlos, Drago y James?

—Ésa era la idea. Patty les planteó el asunto, y para convencerles hizo que yo realizara una copia del microfilme, que les mandó demostrándoles así que existía… y que si caía en manos del fiscal estaban acabados sin remedio. Ni sus abogados, ni los influyentes políticos que reciben generosas aportaciones económicas del crimen habrían podido hacer nada en absoluto para salvarles.

—¿Y qué pasó, se negaron a pagar?

—Al contrario. Se dieron cuenta en el acto que aquello era su funeral a menos de pagar. Aceptaron a las primeras de cambio, pero nos amenazaron con lo peor si nos reservábamos una copia, o les pedíamos más dinero en lo sucesivo.

—Entonces, ¿dónde estaba la dificultad?

West se encogió resignadamente de hombros.

—En Patty. Vio la facilidad con que habían claudicado y pensó que se había quedado corta, de modo que por su cuenta y riesgo les exigió medio millón más. Eso desencadenó todo lo que después ha sucedido.

—Ya veo. ¿Y el microfilme?

—Ella se encargó de ponerlo en lugar seguro hasta que hubieran pagado.

—De modo que tras su muerte puede considerarse perdido definitivamente…

—Así es, pero ellos nunca me creerán. Están convencidos de que lo tengo yo, o de que me guardé una copia…

—Vayamos por partes, West. Patty ocultó el microfilme sin decirle a usted el escondrijo. ¿Es así?

—Cierto.

—Entonces, hombres de James registraron su apartamento

haciéndolo polvo. No encontraron nada.

—De eso ya no sé nada.

—Lo hicieron. Y eran tipos a sueldo de James. Los mismos individuos que yo denuncié en las páginas del periódico. Muy bien, eso por parte de James. Ahora, nos queda Drago… Después del registro, dos de sus «torpedos» se apostaron para cazar a Patty. Yo la saqué del apuro y ambos murieron al estrellarse su coche. Dos operaciones separadas, independientes una de otra.

—¿Por qué independientes?

—Porque se apostaron allí cuando ella ya estaba en el apartamento. Si hubiesen trabajado sincronizados con los del otro cabecilla, se habrían apostado tan pronto los primeros dejaron el apartamento. Patty pudo llegar sin que ellos la vieran, porque de haberla descubierto le habrían raptado entonces.

—Tal vez tenga razón.

—Seguro que la tengo, no puede ser de otro modo. Y eso nos lleva a la conclusión final y definitiva. Drago y James están jugando cada uno por su lado, seguramente con la finalidad de eliminarse uno al otro, de modo que el vencedor se quede con todo el imperio de Sisco.

—Claro, eso parece lógico…

—Amigo, Patty fue una insensata creyendo que podría chantajear a rufianes de esa calaña, pero usted demostró ser más estúpido que ella al complicarse en el embrollo.

—No me dice nada que yo no sepa. Me he llamado eso y cosas peores a mí mismo…

—Ahora, lo más seguro es que el microfilme haya desaparecido para siempre, aunque lo malo es hacérselo creer a James y a Drago. A menos que uno de ellos ya lo sepa —dije de pronto.

Me miró, perplejo.

Yo añadí:

—Piénselo. Esos dos alacranes trataban de jugársela uno al otro. Yo sé que los hombres de James no mataron a Patty, pero pudieron hacerlo los de Drago. Registraron el refugio, pero sin ponerlo patas arriba como hicieron los primeros… Del modo como destrozaron a la pobre muchacha, forzosamente debió revelarles el escondite…

Velda suspiró.

—Entonces, ya no tienes nada más que hacer, porque sin

pruebas no te atreverás a escribir nada contra esos criminales…

—Ya lo he escrito, y van a zumbarles los oídos muy pronto. Deja que piense en todo este lío. Hay una nota falsa en alguna parte…, pero que me condene si sé dónde.

Le di vueltas y más vueltas a todo lo que sabía, o lo que creía saber. No llegué a ninguna parte.

A menos…

Miré al hombre y me pareció tan desconcertado como yo mismo.

CAPÍTULO XI

El artículo de la tarde siguiente levantó una auténtica polvareda en toda la ciudad, porque por primera vez se ponía en letras de molde que hombres que cobraban de los máximos cabecillas del crimen habían intervenido en un intento de asesinato, y quizá en el bárbaro crimen del *bungalow*.

En mayúsculas aparecían los nombres de Joe Drago y Don James.

Instantáneamente, sus abogados cayeron sobre el periódico, por supuesto. Pero estábamos bien atrincherados por una declaración de la policía en la que se admitía que los individuos en cuestión pertenecían a las pandillas que yo mencionaba en mi escrito. Catlin los mandó al infierno y ordenó que se les echara escaleras abajo.

Salieron al trote sin esperar ninguna ayuda.

La cosa se complicó a la noche, cuando comenzaron a correr los primeros rumores.

Cuando los oí fui a Jefatura. Era un hervidero de reporteros de todos los diarios del Estado, y algunos nacionales.

Me escabullí hasta el despacho del sargento de nombre difícil, al que nadie parecía conceder la menor importancia.

—Ya imaginé que estaría usted solo, sargento —dije, cerrando la puerta a mis espaldas—. Mis colegas son idiotas.

—¿Qué le pasa ahora?

—He oído sonar campanas de guerra, pero no sé dónde.

Sonrió de oreja a oreja.

—Don James —murmuró.

—Eso es.

—Está muerto.

—¿Seguro?

—Por desgracia para él, sí.
—¿Cómo lo han ejecutado?
—Un trabajo limpio. Le dispararon dos tiros en la nunca. Se aseguraron.
—¿Van a acusar a Drago?
—No lo creo, a menos que se descubra una evidencia abrumadora contra él. ¿Sabe una cosa, Decker? Opino que en parte es usted responsable de esa terrible muerte.
—¿Quién, yo?
—O su artículo. Está escrito con todo el veneno de un viejo ensuciacuartillas marrullero como el demonio.
Sonreí, porque no había otra cosa que oponer.
El añadió:
—Además de denunciar públicamente los pasos de las respectivas pandillas, dejaba entrever que ambas actuaban a espaldas unas de otras, con el fin de apoderarse de lo que fuera que buscaban por separado. Esa cosa forzosamente debería dar hegemonía sobre el contrario a quien la poseyera. Eso ha desencadenado las iras de Drago…
—Y Don James va a reunirse con Rex Sisco… Muy bien, usted está en lo cierto en casi todo. Sólo que hace polvo mi desenlace.
—¿Qué?
—Mire, ellos, cada uno por su lado, buscaban algo que daría a quien lo poseyera poder sobre el rival. ¿De acuerdo?
—Siga.
—Si James lo hubiese encontrado, habría dominado a Drago, con lo que éste se habría guardado muy bien de atacarle. Si por el contrario hubiese sido Drago quien alcanzó esa especie de premio, habría dominado a su vez a James doblegándole a su antojo. De modo, sargento, que no tenía ninguna necesidad de matarle, desencadenando las iras de las altas esferas de la Maffia nacional. ¿Qué le parece?
—Eso dependería de lo que fuera que ambos buscaban…
—Eso es cierto.
—¿Sabe usted qué era, Decker?
—Ni idea —mentí—. Ha sido una charla edificante, gracias.
—Si escribe mi nombre, procure escribirlo correctamente. Me llamo Shirreffs, ¿entendido? No consigo que ningún maldito

reportero lo escriba de un modo siquiera decente…

Le aseguré que lo pondría con todas sus letras y me largué.

Quedaban demasiadas cosas en el aire.

Demasiadas preguntas sin respuesta, demasiados «síes» colgando.

Si ninguno de los dos gángster había conseguido apoderarse del microfilme…

Si éste estaba perdido…

Si West hubiese mentido…

Si…

Fui a encerrarme en mi oficina de la redacción y estuve trabajando en la noticia de la muerte de Don James.

Después me sumergí nuevamente en la enredada madeja, Decidí que otra charla con Hubert West aclararía muchas cosas.

Hablé de todo ello con Catlin. Mi jefe rumió el problema, le dio unas cuantas vueltas y al final no llegó tampoco a ninguna parte.

—¿Quieres decir con todo esto que West tiene el microfilme?

—Pudiera ser. Nos tendió una cortina de humo para que le protegiéramos mientras lo negociaba, seguramente con pretensiones más modestas que las de Patty para asegurarse.

—Eso equivaldría a acusarle del asesinato de la muchacha…

—Ni más ni menos. También explicaría que Drago se haya desembarazado de James, cosa que no hubiera tenido necesidad de hacer si hubiese tenido en sus manos el microfilme.

—¡Vaya rompecabezas!

—Voy a exprimir un poco más a nuestro fotógrafo. ¿Dónde lo escondieron?

—Está inscrito en el hotel Nacional con el nombre de Arthur Benet.

—Muy bien.

Me largué hacia el hotel. Llamé a la puerta y no pasó nada.

La cosa me dio mala espina, porque si nos había dado esquinazo era que tenía mucho que ocultar.

Fui a la recepción y pregunté si había salido.

El conserje sacudió la cabeza.

—No he visto al señor Benet en toda la tarde.

—Entonces, mejor será que tome su llave maestra y suba conmigo, sólo para comprobar que no se encuentra en la

habitación. Es muy importante.

Titubeó, seguramente esperando un «estímulo» más sustancioso que mi palabra, pero yo no estaba de humor.

Así que acabó tomando la llave y subiendo conmigo.

Abrió la puerta, entramos y el conserje emitió un quejido como si acabara de recibir un golpe en la barriga.

Era un golpe, en cierto modo.

Hubert West estaba despatarrado en el suelo en medio de un enorme charco de sangre. Caído de bruces, tenía un cuchillo clavado en la espalda.

No había trazas de lucha, ni nada revuelto. Esta vez no se habían tomado la molestia de registrar nada en absoluto.

Retrocedí y el empleado salió tambaleándose.

Abajo, llamé al teniente Hopson y mientras esperaba que llegara comprobé amargamente que otra de mis teorías se convertía en humo.

Ya sólo quedaba Drago, y a él no podría acercarme lo suficiente para averiguar si poseía el microfilme o no, y en consecuencia si era él quien había organizado aquella danza de muertes.

Llegar a esta conclusión resultó descorazonador.

Y la llegada de la policía no ayudó tampoco a aclarar las ideas precisamente.

* * *

Pasé el resto de la noche en mi oficina recapacitando.

Acabé mareado y cuando Catlin apareció, a la mañana siguiente, me encontró dormido con los pies sobre la mesa.

—¿Y bien? —me espetó.

—No he escrito ni una línea. Estoy perdido.

—Lo comprendo, aunque necesitamos material para hoy, así que muévete.

—No sé a qué lado girarme, Catlin, de veras. ¿Ha visto usted los últimos acontecimientos?

—No me hables de ellos. Es como… Eso es —dijo, radiante por su brillante razonamiento—. Es como si no hubiera sucedido nada.

—Oiga, ¿se encuentra usted bien? Han habido un montón de muertos y dice que es como si nada hubiera sucedido…

—Hablo en sentido figurado, pura retórica. A nadie le gusta

morir, pero se muere. Y digo que es como si nada hubiera sucedido porque nadie tiene ahora el microfilme.

—Ya.

—¿Sí o no?

Le miré de reojo. A veces, Catlin se siente hasta brillante.

—Alguien lo tiene —dije, ceñudo—. O al menos, alguien debe tenerlo.

—Drago no, de lo contrario no se hubiera arriesgado tanto con el asunto de James.

—Entonces, ¿quién?

Sonrió como un conejo.

—Ésta es la cuestión —replicó—. Yo también he leído a tu poeta preferido.

—Déjese de poesías. Hamlet no puede resolvernos la papeleta ahora.

—Es asunto tuyo resolverla. De ello posiblemente dependa tu aumento de sueldo.

Se largó dejando tras él una estela de inquietud.

El aumento. Bueno.

Seguí dormitando y pensando a intervalos.

Nadie tenía el microfilme. Todos habían muerto por él y al final el maldito se había perdido.

Si por lo menos alguien de los implicados en el asunto estuviera vivo, podríamos cargarle con el mochuelo.

Pero Drago no encajaba en ese papel.

Drago, no.

Entonces, ¿quién?

Estábamos en las mismas, y todo el condenado embrollo provocado por la absurda ambición de una mujer. Era hasta ridículo.

Si por lo menos…

Esta vez me enderecé como sacudido por una descarga eléctrica.

Era absurdo, desquiciado.

Pero era algo por lo menos.

Era toda una idea.

Tomé la chaqueta y salí disparado hacia Jefatura, y durante el trayecto traté de recordar quién diablos estaba a cargo del Departamento de Personas Desaparecidas…

CAPÍTULO XII

Entré en Paradise Bay al anochecer del día siguiente y detuve el flamante «Mustang» de alquiler en una plazoleta rodeada de jardines.

Mi destartalado cacharro era demasiado viejo para un viaje largo. Además, también resultaba excesivamente conocido.

Me apeé, entré en un bar y pedí cerveza. Luego pregunté:

—Busco el hotel Continental…

—Está en la playa, sobre un promontorio rocoso. Lo verá casi a la salida del pueblo, por el norte.

—Gracias.

—Es un buen hotel, amigo, se lo digo yo… Y en esta época del año aún encontrará las habitaciones que quiera.

Pagué la cerveza y me largué.

El sol había dejado en el cielo un resplandor rojo que se extinguía rápidamente.

Las calles estaban atestadas de gente con trajes veraniegos. Había tiendas por todas partes, y bares, y restaurantes, y salas de diversiones…

Paradise Bay era una perpetua fiesta.

El Continental se erguía como una saeta sobre el mar. Acribillado de luces de arriba abajo, semejaba un gigantesco buque varado en la playa después de una galerna.

Dejé el coche a corta distancia y me colé dentro.

Se oía música en alguna parte, y cuando pregunté me informaron que había dos comedores en servicio. Uno en la azotea y otro en los jardines.

Me fui al de los jardines, di un rápido vistazo y opté por la azotea.

Realmente, lo habían montado bien. Uno tenía la impresión de flotar en el espacio allá arriba, con las estrellas casi al alcance de la mano, y allá abajo el mar, oscuro y sombrío, herido por la lanza pálida de la luna.

Las mesas estaban situadas entre las palmeras enanas y por toda iluminación sólo había unas lámparas diminutas en cada mesa ocupada.

Un altivo *maître* se materializó a mi lado, susurrando algo, como si me hiciera una proposición deshonesta.

—¿Qué dijo?

Suspiró con resignación.

—Le preguntaba al señor si tiene mesa reservada.

—Pues no. Olvidé el trámite.

—Muy bien. Por aquí, señor.

Le seguí sorteando las mesitas tenuemente iluminadas. Era un paraíso sin paliativos.

Un paraíso con una Eva sinuosa, bellísima y pérfida hasta la médula.

Me detuve en seco y señalé aquella mesa.

—Ahí —dije.

El *maître* arrugó la nariz.

—Lo lamento, señor. La señora cena siempre sola.

—Excepto esta noche.

Le dejé plantado y tomando una silla me senté.

—Hola, hermoso cadáver.

Trató de sonreír.

Casi lo consiguió.

—¿Sabes? —susurró—. En el fondo siempre tuve el presentimiento de que no saldría bien.

—Lo cual no impidió seguir adelante, incluso a costa de convertirte en una asesina.

—Mike…

—¿Patty?

—¿Por qué has tenido que estropearlo, precisamente tú?

—Te equivocas. Lo estropeaste tú sólita, preciosidad.

—De acuerdo. Ahora dime cómo lo supiste, y cómo has dado conmigo. He cambiado un poco, ¿no te has dado cuenta?

Era cierto. Ahora era rubia, llevaba el cabello más corto, vestía

con elegante decoro y hasta sus pechos parecían más diminutos, más discretos.

—Tú misma hiciste que empezara a hacerme preguntas al matar al pobre Hubert. Hasta entonces, él era mi candidato.

—Eso no explica que dieras con la clave.

—Patty, cuando un tipo como yo empieza a darle vueltas a las cosas acaba por sacarles punta. Llegó un momento que no quedaba nadie interesado en este sucio embrollo excepto Drago, el único comprador en potencia del microfilme aún con vida. Pero para que haya un comprador debe haber previamente un vendedor. Y aquí no lo había.

—Ya comprendo cómo razonaste.

—Después mi jefe pronunció una frase lapidaria. El no se dio cuenta, pero me dio el embrión de una idea. Alguien tenía el microfilme, alguien que no había muerto… De Hubert West ya no cabía dudar. Yo mismo había visto su cadáver, contemplado su cara.

—Pero por lo que leí, también viste «mi» cadáver.

—Vi el cuerpo lleno de curvas de una mujer. Un cuerpo maltratado de manera terrible, y con la cara aplastada. Llevaba tus ropas, estaba donde tú debías estar y yo sabía que te perseguían para matarte. La conclusión fue lógica entonces. El cuerpo era el tuyo; Cuando me encontré en un callejón sin salida empecé a dudar… y recordé que hay un Departamento de Personas Desaparecidas. Fui allí.

Abatió la mirada.

Un camarero vino para tomar mi pedido. Le despedí con un gesto.

Ella susurró:

—Lo sabes todo, Mike.

—Sí.

—¿Cómo me localizaste?

—Eso fue solo una corazonada. En realidad, ni eso siquiera. Un tanteo. Si hubiera fracasado estaría tan perdido como un niño en una selva. En un *bungalow* encontré un bolso olvidado en un armario. En el bolso había un folleto de este hotel, junto con una lista de tarifas. Decidí probar suerte.

—Lástima.

—Claro.

—Si hubieses tardado sólo dos días más…

—¿Qué?

—Lo tenía todo resuelto para embarcar secretamente. Nunca más habría vuelto.

—Comprendo. ¿Cobraste ya el dinero de Drago?

—Lo ha depositado. Espero sólo el resguardo para mandarle el microfilme.

—De modo que aún lo tienes en tu poder.

Asintió con un gesto. De pronto un chispazo de sorpresa y a la vez de esperanza cruzó por su mirada.

—¡Ya está, Mike! —jadeó—. Hay dinero suficiente para dos… Un millón, ¿entiendes? Medio para cada uno y nadie lo sabrá nunca…

Sacudí la cabeza.

—Ése era el trato que tenías con West y le hundiste un cuchillo en la espalda. ¿Cuánto tardarías en rebanarme el pescuezo a mí?

—Contigo todo sería distinto. Tú…, tú eres un verdadero hombre, Mike.

—Olvídalo. Y acaba tu cena. Nos vamos.

—No —dijo en un susurro.

—Vas a entregar ese microfilme para que la ley pueda acabar con Drago. Total, a ti ya…, ¿qué más te da todo?

Hundió la mano en el bolso. En sus ojos había una inmensa tristeza.

Yo dije:

—Si piensas sacar una pistola y disparar sobre mí, no lo hagas. Yo también tengo una pistola.

Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Mike, lo siento. Pensé que esta vez podría ganar, ¿sabes? Toda mi vida he sido siempre perdedora… en todo.

—Quizá no supiste elegir los números buenos para ti, precisamente.

Se encogió de hombros.

—De cualquier modo ya es demasiado tarde para lamentarse —dijo con una voz ronca—. Primero, cuando apenas sabía nada del mundo, en los callejones infectos del West Side… Después, ya sabes. Descubrí que mi cuerpo valía dinero y que había muchos hombres

dispuestos a pagarlo… Hasta que apareció Sisco. ¿Sabes? En cierto modo, él fue lo único un poco decente que tuve.

Comenzó a sacar los cigarrillos uno a uno y a desmenuzarlos entre sus dedos. Convirtió su plato en algo que haría saltar al cocinero hasta el techo.

—Después, apareciste tú —prosiguió, y ahora el llanto casi la ahogaba—. Pudo ser algo limpio, lo reconozco. Pude también aprovecharme de ti…, utilizarte para que descubrieras el cuerpo de aquella pobre tonta, muerta en mi lugar. Tú lo publicarías, en cierto modo darías fe de mi muerte…

Las hebras de tabaco seguían deslizándose de entre sus dedos.

De pronto los inmovilizó.

Vi la diminuta película allí, al alcance de mi mano. Contuve el aliento y no moví ni un músculo. El microfilme había estado escondido en un condenado cigarrillo.

—Vas a obtener otro triunfo sensacional, Mike… Hundirás a Drago hasta el fondo del infierno con esto.

Lo tiró sobre la mesa, mirándome fijo.

—¿Por qué me lo das a mí? Si lo entregas a la policía servirá de atenuante.

—Oh, sí. El proceso, las fotos, enseñe los muslos al jurado, señorita…, conmuévalos… Parece que oigo al abogado. Y los fotógrafos, y las viejas frustradas agrupándose en las puertas para verme y babear… No, gracias.

Tomé el microfilme. Mis dedos temblaban.

—No podrás evitarlo, Patty.

—¿Vas a entregarme tú?

—No puedo hacer otra cosa.

Ahora, dos lágrimas se desprendieron de sus pupilas.

Puso el bolso sobre la mesa sin dejar de mirarme.

—Pude haberte matado, Mike… Mira.

Había un revólver en el bolso. Me quedé helado.

Ella sonrió entre las lágrimas.

—No pude hacerlo. Lo pensé…, lo intenté con todas mis fuerzas, pero ya era inútil. Detrás de ti vendrían otros, y otros más… Voy a empolvarme la nariz, Debo estar horrible.

Le arrebaté el bolso de un zarpazo.

—No quiero que hagas ninguna tontería, Patty.

Me apoderé del revólver y le devolví el bolso. Ella me miró largamente. Incluso sonrió.

—De cualquier modo, creo que pude haberte querido, Mike. No tardaré.

Echó a andar, alejándose de la mesa. Me levanté de un salto dispuesto a vigilarla hasta el último minuto.

Yo desconocía la topografía del lugar, ignoraba dónde estaban los servicios.

Cuando comprendí que no podían estar en la balaustrada era demasiado tarde. Creo que grité al echar a correr hacia ella.

No volvió la cabeza. Se apoyó contra la barandilla, se dio impulso con sus hermosas piernas, basculó y desapareció.

Eso fue todo.

Por supuesto, hubo un manicomio de chillidos de mujeres y gritos de los hombres.

Temblándome las piernas me escabullí discretamente.

Veinticinco o treinta pisos más abajo, sobre unos hermosos jardines, un cuerpo roto debía descomponer el cuadro en aquellos momentos.

No quise verlo. Tomé el «Mustang» y emprendí el camino de regreso.

Algo debía ocurrir en la carretera, porque había algo semejante a niebla velándome la visión.

O quizá la niebla estuviera en mis ojos, quién sabe.

Velda se encargaría de borrarla, porque Velda era el futuro, el volcán donde deseaba abrasarme hasta el fin de mis días.

Tal como ya dije una vez, Velda era la mujer de mi vida.

Apreté el acelerador y fui hacia ella.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.